897.286
A385e

La Epopeya de la Cruz;
Primera Parte:
La Divina Infancia

Alfaro Cooper

The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

897.286
A385e

J. M. Alfaro Cooper

La Epopeya de la Cruz

Primera Parte

La Divina Infancia

Imprenta Nacional
San José, Costa Rica
1921

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laepopeyadelacru00alfa

J. M. Alfaro Cooper

La Epopeya de la Cruz

Primera Parte

La Divina Infancia

Imprenta Nacional
San José, Costa Rica
1921

REVIEWED BY
PRESERVATION
MICROFILMING

ES PROPIEDAD

OPINION

Opina quien suscribe, que este libro del señor Alfaro Cooper hará época en la literatura del país. El poeta católico ha elegido altísimo asunto para su cantar, y canta en puro castellano: lo cual ya es de celebrarse, cuando tan descuidados somos del mejor idioma modermo.

Muchas partes tendrá, según entiendo, esa EPOPEYA DE LA CRUZ, siendo la primera ésta que ahora se publica con título de LA DIVINA INFANCIA y va desde Belén al Templo donde—niño de doce años—disputa Jesús con los sabios del Sanedrín, como ahora con el mundo entero.

Precede a los siete cantos del tomo, una «Introducción» a todo el Poema, y parece un reflejo de muchas lecturas célebres de autores religiosos, y principalmente del «Discurso sobre la Historia Universal», de Bossuet.

Sus octavas reales me suenan como de metro usado en el arte italiano que luego pasó a España con Boscán.

897.236
A385e
892230

Cambia de metro al comenzar el poema. Y éste se abre con amplísima silva en dos partes que forman muy notable contraste, a saber: la corrupción de Roma con sus falsos dioses, de una parte, y de la otra lo que inmediatamente precede al nacimiento de Jesús de Galilea, en Belén de Judea.

Bien parece la forma y mejor el fondo de ambos cuadros. Pero los de Tierra Santa son varios camafeos y delicadas miniaturas frente al «Spoliarium» del Paganismo, cual se me figura la joven virgen dedicada al Señor y su consagración al Templo, y luego la necesidad de casarse con José, su viejo pariente.

No sigo en esta ligera opinión estimativa. Publicado que sea todo el Poema, si llego a entonces, haré lo suficiente para verter ésta en un juicio crítico.

Lo que sí echo de menos en estos siete cantos es un sumario al frente de cada uno, según se acostumbra y resulta compendiosa explicación de ellos, cosa razonable, útil y necesaria, según entiendo.

15 de abril de 1921.

VAL. F. FERRAZ

San José de Costa Rica, 4 de abril de 1921.

He leido detenidamente el libro LA EPOPEYA DE LA CRUZ, poema de don José María Alfaro Cooper, que como poeta laureado con la primera medalla de oro en el Congreso Eucarístico de Costa Rica, y como autor de otras preciosas composiciones en verso, honra las letras patrias.

De dicha lectura resulta que está en un todo conforme con el dogma, la moral y disciplina canónicos el presente libro, y que será de grandísima utilidad para quienes sepan estimar el mérito de una obra que, no por ser religiosa y humilde, deja nada que desear como valor literario.

Nihil obstat,

DR. TRINIDAD DE J. ARAYA
Censor

Vicaría Capitular.—San José, Costa Rica, a cinco de abril de mil novecientos veintiuno.

Imprímase.

DR. JOSÉ ZAMORA
Vicario Capitular

A su excelente esposa

y a sus queridos hijos y nietos

dedica este esfuerzo

El Autor

La Epopeya de la Cruz

I

INTRODUCCION

Cantar intento la divina historia
del Hombre-Dios y Redentor del mundo,
del humilde pesebre, a la victoria
de la resurrección; desde el fecundo
amor que le hizo, sin dejar su gloria,
oh! misterio dulcísimo y profundo,
de una virgen nacer graciosa y pura,
hasta el horror de su mortal tortura.

Heme aquí de rodillas, Jesús mío,
trémulo el labio y la mirada inquieta,
pues sólo en tí y en tu bondad confío;
ella me inspira y hace que, indiscreta,
en místico y ardiente desvarío,
mi lira tosca y tímida acometa
la noble empresa de cantar tu vida,
a mis débiles fuerzas desmedida.

Purifica mi alma del pecado,
para que digno de cantarte sea:
limpio mi corazón, me será dado
seguirte con amor en Galilea,
hasta verte morir crucificado
para salvar al hombre en la pelea
con Satanás, cuya malicia quiso
en Infierno trocar el Paraíso.

No desdeñes mi voz oh! Jesús bueno;
cuando te quiso ungir la pecadora,
tú la acogiste de ternura lleno:
haz lo mismo con mi alma que te implora
y anhelosa te busca, de tu seno
brote un rayo de luz abrasadora
que incendie mis entrañas, de tal modo,
que por tí olvide y lo abandone todo.

Gusano soy y a contemplar me atrevo
de un sol de gloria la divina lumbre,
hormiga soy y a mis espaldas llevo
una inmensa montaña, a la vislumbre
de tal temeridad plegarme debo,
horrible habrá de ser mi pesadumbre;
mas, si me asiste Dios, será mi carga
ligera, y dulce mi congoja amarga.

«Al principio era Dios», así está escrito;
mas como Dios es todo, en Él había
universos latentes, su bendito
fecundo seno en Sí los contenía;
su primer pensamiento fué infinito,
de infinita bondad y de armonía
tuvo ese pensamiento una conciencia
y el Hijo fué, de su divina esencia;

Pero al verse los dos, quedó suspenso
su ánimo de amor y de dulzura,
tuvo vida también su amor intenso,
fué infinita también la esencia pura
que de ambos emanó; mas cuando pienso
en la Sagrada Trinidad, apura
mi timidez y demudado el rostro
a sus pies humildísimo me postro.

Es acto toda divinal potencia
y sin tener la eternidad medida,
no hay antes, ni después, sublime ciencia,
en la inefable Trinidad, unida
en sólo un Dios; no tiene preeminencia
en ella, el Padre, el Hijo a quien dió vida,
ni el Espíritu Santo que procede,
porque ninguno a los demás precede.

Y tres Dioses no son, es uno mismo;
pero cada uno es Dios, tal el arcano,
al fondo semejante de un abismo,
en que se pierde el pensamiento humano;
un dogma vino a ser del cristianismo
que pudo sospechar hasta el pagano
y a otro misterio se enlazó profundo:
el de la santa redención del mundo.

Y era Dios todo amor y luz y vida;
mas no quiso bastarse, y de su seno
brotó feliz, radiosa, conmovida,
la angélica visión, mundo sereno
de dichas y de gloria sin medida,
donde era todo celestial y bueno;
pero Luzbel hermoso y refulgente,
soberbio alzó la diademada frente.

Era tal su poder que le fué dado
en la mente de Dios ver la futura
creación del mundo material, llamado
a ser la prodigiosa arquitectura,
el palacio del hombre, destinado,
a causa de su culpa y desventura,
a que el Hijo de Dios lo rescatara
y en vientre de mujer vida tomara.

Viendo el sublime Arcángel que tendría
ante esa Virgen-Madre que postrarse,
fué inmensa su soberbia y osadía
y con legiones mil a rebelarse
llegó contra su Dios; pero su impía
y nefanda conducta, transformarse,
de ángel de luz, le hizo sin tardanza,
en el Genio del Mal y la Venganza.

Y millones de espíritus siguieron
a Satanás, sus alas luminosas
con indecible horror se convirtieron
en membranas de bestias espantosas,
y en antros profundísimos cayeron;
mas un número igual de almas piadosas,
según divina ley, podrán un día
sustituir la perdida jerarquía.

Viene el Fiat después y de la muda
y misteriosa noche de la nada,
surge la luz espléndida y desnuda
a deslumbrar la angélica mirada;
crea el cielo Dios, hace que acuda
a un lado el agua, al otro la caldeada
corteza con sus sólidos pilares
y separa la tierra de los mares.

Surgen después las luminarias bellas,
en los abismos negros y profundos;
crea el Sol, la Luna y las estrellas
y otros astros diversos, errabundos,
que van dejando luminosas huellas
en un glorioso amanecer de mundos:
es la primera virginal aurora
que del cielo los ámbitos colora.

Y luego se desbordan a raudales
las fuentes de la vida, se fecunda
el agua con inmensos animales,
como también la tierra que circunda,
hay aves en el aire colosales;
todo es inmenso allí, la vida abunda
en el cielo y el agua y la pradera,
en una incomparable primavera.

Y cuando todo estuvo preparado,
dispuso Dios la aparición del hombre;
de polvo lo formó con un puñado
y, aunque tal gloria al pensamiento asombre,
fué por Dios y a su imagen inspirado
el espíritu humano, y fué su nombre
Adán o *tierra roja*, según creo
que significa en el lenguaje hebreo.

Oh! suprema ilusión de los sentidos,
dulce ensueño de amor y de ventura,
jardín de los placeres permitidos,
hecho para el deleite y la ternura:
música arrobadora a los oídos,
el canto de los pájaros procura,
Terrenal Paraíso que fascina
la deslumbrada vista, obra divina.

¡Quién de tu magia y sin igual belleza
pudiera describir prodigios tantos,
alba primaveral, virgen que empieza
a mostrar el pudor de sus encantos;
es toda celestial, toda pureza,
(en ella Milton inspiró sus cantos)
de un mundo nuevo la primer mañana
que pudo contemplar la vista humana.

Y Adán apareció, la frente erguida,
desnudo el cuerpo escultural y hermoso,
la mirada triunfal, lleno de vida,
de gracia y de poder, albo, radioso,
flor por Dios mismo con amor prendida,
como un coronamiento, en el grandioso,
divino plan de la creación, sereno
en su inocente desnudez y bueno.

Grave y consciente de su gran destino,
el noble padre del linaje humano,
fué un ser angelical, semidivino,
de la tierra—su madre—soberano
y en relación con Dios que a veces vino
en forma humana a hablarle, cuya mano
de dones le colmó para que fuese
feliz y en grata placidez viviese.

Noble es su rostro, varonil y bello,
y de coral y de marfil su boca,
rayos de luz semeja su cabello,
sedosa piel y músculos de roca,
fuerte y gracioso el empinado cuello;
y con su dulce majestad provoca
muestras de timidez y de cariño:
cuerpo de atleta y corazón de niño.

Tratad de imaginar lo que sería
el cuadro encantador que ante los ojos
de Adán apareció, la fantasía
puede tener rarísimos antojos
y jamás la belleza soñaría
del Paraíso Terrenal. De hinojos
postróse Adán y en éxtasis profundo
cayó adorando al hacedor del mundo.

Diríase que la luz y los colores
luchan por cautivar la vista humana;
el más grato perfume de las flores
llena un ambiente delicioso, ufana
Flora gentil ostenta sus primores;
entre el verde tapiz de la sabana
dicen frases de amor los arroyuelos
y es la tierra una imagen de los cielos.

Giran los peces de vistosa escama
en los azules lagos trasparentes
y vuelan aves mil de rama en rama,
en árboles frondosos y eminentes,
todo a una vida de dulzura llama:
carecen de ponzoña las serpientes,
la oveja cerca del león camina
y Adán a todos sin pasión domina.

Y no es Adán feliz, hay un vacío
que no puede llenar su dicha entera,
sufre en su soledad penoso hastío,
pues le falta la dulce compañera,
siente su corazón árido y frío
y en silencio suspira; hasta la fiera
ama y palpita y de pasión se exalta
y sólo a Adán su compañera falta.

Sumióle Dios en éxtasis o sueño
y retiró después de su costado
una costilla, algo que su dueño
cerca del corazón tenía guardado
y formó la mujer: en el risueño
paisaje del Edén hubo un sagrado
y voluptuoso temblor ante la hermosa
aparición de la primera esposa.

Eva, sin velos, como el alba, pura
cual la sonrisa angelical de un niño,
deslumbra con la luz de su hermosura,
prende en sus ojos llamas el cariño
y es portento de gracia y de dulzura,
tersa su piel y de color de armiño,
diminuta su boca y hechicera
y áureo manto de luz su cabellera.

Pero su encanto y sin igual delicia
es el esbelto cuerpo, la ondulante
y bellísima curva que se inicia
en el rostro gentil, la sigue amante
por el erguido cuello, la acaricia
en las erectas pomas y anhelante,
entre prodigios va de rosa y nieve,
hasta besar su pie gracioso y breve.

Despierta Adán y queda fascinado
ante aquella visión grata y hermosa,
sabe que Dios en su bondad le ha dado
tan perfecta criatura por esposa,
es un ángel aún y del pecado
la tentación ignora peligrosa
y en su inocente, virginal cariño,
a Eva contempla cual si fuese un niño.

Entonces dijo Adán: «es carne mía
y hueso mío y de mi ser salido
esto que ya mi corazón ansía
y que formado por mi Dios ha sido
para colmar mi dicha y mi alegría;
el hombre por la mujer es atraído
y padre y madre dejará, de suerte
que *en uno serán dos* hasta la muerte».

No he de seguir a la feliz pareja
en su idilio de amor, en el exceso
de candidez y gracia que semeja
a un ósculo infantil su casto beso;
para un alto cantor la Musa deja
describir el gratísimo embeleso
con que, en sus atracciones inconscientes,
sólo unían sus almas inocentes.

Pero es suprema ley que la ventura
en vez de ser un don sea una conquista
hecha por toda racional criatura:
prueba Dios su virtud, ante su vista
del Edén les ofrece la hermosura,
nada habrá allí que a su poder resista
y ordena que comer les sea vedado
de la fruta de un árbol señalado.

Quiere probar su amor y su obediencia;
aunque ve siempre y ab eterno sabe
que ha de serles fatal esa experiencia,
cuánta malicia voluntaria cabe
en todo humano ser, si de la ciencia
del bien y el mal la misteriosa clave
pretende descifrar; pero es preciso
que sepan conquistar su paraíso.

Es en el centro del Edén en donde
crece el árbol gentil, fresco y lozano
en cuya fruta deliciosa esconde
todas las penas del linaje humano
y hace que Satanás ansioso ronde
y espere—él sabe que no espera en vano—
el instante feliz de ser dañino
al hombre en su magnífico destino.

Toma Satán la forma de serpiente
y, con la rabia que su ser abreva,
temiendo a Adán que juzga prepotente,
resuelve astuto dirigirse a Eva;
la encuentra y le habla cariñosamente,
venciendo el odio que en su entraña lleva
y tras de breve y desigual disputa,
le hace gustar de la vedada fruta.

Para tentar su orgullo le asegura
que, si hacen de esa fruta su alimento,
ella y Adán serán en hermosura,
en ciencia y en poder, nuevo portento,
tan grandes como Dios en su ventura,
que tendrán a sus pies el firmamento
y por eso el Señor que lo sabía
la fruta de tal árbol les prohibía.

Y Eva alargó la delicada mano
y la fruta tomó y en la sabrosa
pulpa mordiendo con placer insano,
sintió como una grata y deliciosa
congoja y a buscar su soberano,
su amante y su señor, parte gozosa
y le invita a comer, tan dulcemente,
que Adán cede a su ruego complaciente;

Pero presto se turba su conciencia,
sienten la enormidad de su delito,
por la primera vez en su existencia
cubren su desnudez, lanzan un grito
de angustia y de pavor a la presencia
del Señor que los ve con infinito
reproche, en su airadísima mirada,
y dice a la pareja consternada:

«Porque comiste la vedada fruta,
Adán, la tierra te será inclemente
y abrojos sólo brotará en tu ruta
y comerás tu pan cuando tu frente,
hoy mancillada y antes impoluta,
bañes con tu sudor, desde el presente
hasta el instante en que a su seno vuelvas
y en polvo, como fuiste, te resuelvas».

Y dijo a la mujer: «en mi justicia
dejo a los dos la muerte y sus rigores;
pague Adán trabajando su malicia
y sufre tú del parto los dolores,
es en vosotros que el dolor se inicia;
mas lo habrán de sufrir los sucesores,
pues *todo vuestro ser* cambió el pecado
y será por los hijos heredado».

Y volviéndose luego a la serpiente,
terminó Dios: «con la mujer empieza
tu obra de infamia que será impotente
y ella habrá de aplastarte la cabeza»
aludiendo a la virgen inocente,
llena de gracia y celestial pureza
cuyo seno castísimo y fecundo
ha de albergar al Salvador del Mundo.

II

Han pasado los tiempos en que impera
el anciano Patriarca,
salvó a Noé y a su familia el Arca
y el Diluvio anegó la tierra entera;
pasaron con su ciencia y con sus leyes
del Egipto los Magos y los Reyes,
de Alejandro las bélicas victorias
que llevaron doquier muerte y estrago,
Grecia con sus artistas y sus glorias
y con su fuerza y su esplendor Cartago.
Señora ya del mundo
Roma que esclavizó tantas naciones,
hundióse en el profundo
antro de esclavitud de las pasiones,
pues quien se entrega a torpes liviandades
forja para sí mismo sus prisiones
y no debe gozar de libertades.

Reina el César Augusto adormecido
en la embriaguez de su triunfante gloria
y, sin sentir del pueblo los agravios,
sobre la paz del mundo que, vencido,
ante ese Sol que llenará la historia,
ya no se atreve a desplegar los labios.

El repugnante horror del paganismo,
cual multiforme monstruo, se apodera,
de modo audaz, de la nación romana
y la conduce inerme hasta el abismo;
el lujo y el placer en su bandera
van despertando la codicia humana.

El hombre, por el tedio, se suicida,
con muestras de valor inusitado,
pues tiene la conciencia adormecida
y antes gustoso perderá la vida
que dejar de vivir en el pecado.

Es la mujer como animal hermoso
y que al placer tan sólo se destina,
y hasta el niño gentil y vigoroso,
hijo de un hombre varonil y bravo,
si de esclavos nació, suerte mezquina,
¡tendrá que ser, como su padre, esclavo!

Para aplacar la ira de los Dioses
se ha de acudir a crímenes atroces:
Moloc, un Dios de las paganas gentes,
feroz tritura con horribles dientes,
la tierna carne que a su vientre pasa,
en donde fuego inextinguible abrasa
y convierte en ceniza los despojos
de millares de niños inocentes
de tez de rosas y de azules ojos!

En tanto en el Oriente
la raza de Israel se consumía
en la espera tenaz, pero impaciente,
del Mesías magnánimo y potente
que su pueblo a salvar presto vendría;

Mas del Señor también los elegidos,
en escrituras sacras inspirados
o bien por los esenios, instruídos,
la verdad conocieron asombrados,
sabiendo que el Maestro
que los divinos libros anunciaran,
no era nuevo Profeta
o Mago en artes del Egipto diestro,
un conductor de pueblos invencible
que pudiese llevarles a la meta
del más alto poder que ambicionaran;
pues era de Dios mismo
el Hijo omnipotente
que, venciendo las fuerzas del abismo,
oh! misterio de amor inconcebible!
bajaría a encarnar en cuerpo humano,
en una virgen de la hebraica gente,
para ser de los hombres un hermano
y redimirles del pecado odioso,
pecado original, ignominioso
y que en Adán, por su malicia, vino
a desviar su magnífico destino;
mas hoy tan sólo esperan
a la dichosa madre del Mesías
que de antemano con amor veneran
y que habrá de colmar sus alegrías.
La portentosa Madre Inmaculada
del Infante Divino,
virgen y madre al par, fuente sagrada
en que habrá de abrevarse el peregrino,
ha de ser la más santa de los santos,
de la tribu selecta, descendiente
del Rey David el de los regios cantos
y tener la señal clara y patente
que guarda en lo profundo del secreto
el sacerdote místico y discreto.

Eran Ana y Joaquín santos esposos
de la tribu por Dios predestinada,
y esperaban ansiosos
que de su unión castísima y sagrada,
viniese la doncella
que el signo presentase de ser ella
nacida para madre del Mesías.
Humildes, reverentes,
y con trajes de austeros penitentes,
hicieron oración por muchos días,
dieron, con voluntad edificante,
lo mejor de su hacienda para el Templo,
parte a los pobres y, valioso ejemplo,
sólo se reservaban lo restante;
empero Dios estériles dejólos
por muchos largos y enojosos años.
Resolvieron por fin quedarse solos
para sufrir así mayores daños.
Vino después para Joaquín la prueba
más amarga y terrible de su vida,
pues, cuando al Templo sus ofrendas lleva,
un sacerdote indigno las arroja
con desprecio y mirada enfurecida,
dice que a Dios con su presencia enoja
porque su matrimonio había perdido
su santa bendición.
Muy abatido
y avergonzado al par se aleja el santo
y, sin contar sus penas a la esposa,
del monte Hermón en la ladera umbrosa
fué a seguir vida de retiro y llanto.
Ana intranquila y pesarosa aguarda,
con la vista clavada en el sendero,
la vuelta de su amado compañero
cuyo recuerdo con cariño guarda.

Desciende el Sol tras la empinada cima,
el bullicioso bosque se adormece,
la noche se aproxima,
cubre con su negror valles y monte
y la luz estelar se desvanece
en la bruma fugaz del horizonte.
Cubierta con su manto
una mujer camina solitaria,
entre la sombra densa;
lleva oculta una luz, bañada en llanto
tiene la triste faz, y la plegaria
es su solo consuelo y su defensa.
Es Ana que, entregada a sus dolores,
busca un alivio en la oración bendita.
Llega a un árbol en forma de enramada,
de raros frutos y de extrañas flores,
do tiene una capilla retirada
que a meditar en el silencio invita.
Entra la santa, enciende una linterna
suspendida del árbol peregrino,
despliega un arrollado pergamino,
póstrase luego en oración interna;
dice al Señor que, pues rehusar decide
su gracia celestial clamada tanto,
a su fiel matrimonio, sí le pide
que vuelva al fin su compañero santo.

Dieron las flores su mejor fragancia
y una visión hermosa,
alada, angelical y luminosa,
viniendo de la altura,
con un grato fulgor bañó la estancia.
Díjole así, con voz de encanto llena:
«calma tu corazón, cesen tu pena,
tu llanto y amargura;

lleva al Templo mañana ofrendas varias
de inocentes palomas y corderos,
pues el Señor escucha tus plegarias
y el dolor de Joaquín le ha conmovido;
en la puerta de oro que conoces
hallarás en el Templo a tu marido,
quien al rayar la aurora,
irá de los primeros:
atiende Dios a quien con fe le implora
y más aún a las humildes voces.
Entrambos sacrificios aceptando,
os dará una escogida descendencia
cuyo nombre sabréis» y en el instante
se eclipsó la visión bella y radiante;
de su gentil presencia
como un aroma celestial dejando.
Llena el alma de unción dulce y piadosa,
de amor y gratitud, Ana, de hinojos,
al cielo vueltos los nublados ojos,
da gracias al Señor de los Señores,
vuelve a su hogar y trata cuidadosa
de recoger sus dádivas mejores
para ofrendar al Templo en que vería
su amado esposo en el siguiente día.

Ana duerme en su lecho,
con la confiada placidez de un niño
y, tras de breve rato,
baja un brillante resplandor del techo:
es el ángel de Dios de alas de armiño;
le dice con dulzura y con recato
que, en premio de su fe, concebiría
una niña muy santa,
de tal virtud y de pureza tanta,
que su anhelo piadoso colmaría;
luego escribe con letras fulgurantes,
cual si fuesen formadas de diamantes,
en la pared el nombre de MARIA.
Y el ángel del Señor se desvanece,
resolviéndose en luz y desparece.

Cuando nació María
hubo en los mismos venturosos cielos
un aumento de gloria y de alegría.
Con dulce timidez, mas sin recelos,
su alma se presentó fulgente y bella,
como una hermosa estrella,
ante la Augusta Trinidad Sagrada
y por todos los coros celestiales
fué con intenso júbilo aclamada,
pues aquella tiernísima criatura
recibió copiosísimos raudales
de la divina gracia y, por manera
que no concibe el hombre, revelada
le fué su gloria y sin igual ventura,
sus dolores y en fin su vida entera,
desde su concepción inmaculada.

La segunda persona
de la Divina Trinidad, el Hijo,
que ni soles ni insectos abandona,
el que creó los mundos, el que dijo
el FIAT poderoso
y del caos horrible y tenebroso
hizo surgir la luz, la luz amable,
como un don de bondad incomparable,
al decidir hacerse nuestro hermano,
AB ETERNO escogió, de las edades

y las naciones todas, la más pura,
más santa y más hermosa
mujer que hubiese en el linaje humano;
la más sublime, angelical criatura
y que fuese además, sin vanidades,
digna de ser su madre venturosa.
Para que nadie aventajarla pueda
y colmar de su gracia la medida,
ha de ser sin la culpa concebida
que tuvo Adán y que su prole hereda.

Cuando nació la Virgen sin mancilla,
la tierra toda se llenó de gozo,
fué más dulce el cantar de la avecilla
y hasta las bestias que en el bosque moran
manifestaron íntimo alborozo;
los buenos y sencillos corazones
latieron con amor más suavemente,
voces se oyeron de indecible encanto
y otras también que protección imploran
de pervertida gente
al pecado entregada y las pasiones.
Después se vió que, con terrible espanto,
en Nazareth y en toda Palestina,
muchos endemoniados prorrumpieron
en gritos de furor, ayes y llanto
y con soberbio frenesí dijeron:
«tenemos que ceder, pues nos obstina
una legión de ángeles. Empieza
a faltar el poder que hemos tenido,
y la anunciada virgen ha nacido
que debe quebrantarnos la cabeza».

Crece la niña en gracia y hermosura
y tiene ya la edad encantadora
de la gentil infancia: los tres años;
suple a la edad la fe reveladora
y, sabiendo del mundo los engaños,
sólo aprender en su piedad procura,
en los sagrados libros la doctrina
que trasmitió Moisés, (1) fuente divina.
Ya puede ejercitarse en su lectura,
porque siendo su madre la maestra,
alternando lecciones y caricias,
presto aprende la niña extraordinaria,
quien gran talento y aptitudes muestra,
a leer fácilmente su plegaria
y a interpretar más tarde las delicias
de los sagrados cánticos divinos
en raros y selectos pergaminos.
A tan temprana edad pudo María
para el Templo de Dios ser preparada,
(porque su madre prometido había
que a su servicio fuese consagrada)
hubo fiesta solemne y religiosa
en casa de los santos que, contritos,
tristes, mas satisfechos, presentaron
su más querida prenda y más hermosa
al Templo y, fieles a sagrados ritos,
al Sumo Sacerdote la entregaron.

---

(1) En hebreo Mosé, que significa, nó el sacado; sino el que sacó, esto es, *Conduce*. (Nota del Dr. don V. Ferraz).

Jamás se vió presentación alguna
con tal solemnidad encantadora,
para tan alto honor muy oportuna.
A la graciosa niña
que parece brillar como la aurora,
acompañan sus próximos parientes;
las distinguidas gentes
van de Jerusalén; por la campiña,
como en nupcial festejo,
se ven formar espléndido cortejo
y una legión de ángeles había,
festivos y gozosos,
que entonando sus cantos melodiosos,
invisible y radiante la seguía.

En el Templo no existe
tan sabia, pura, angelical doncella,
como la virgen bella
que Joaquín y su esposa presentaron;
nadie al poder de su virtud resiste.
Las piadosas matronas encargadas
de educar a María,
con el rigor de la claustral dureza,
en la oración, labores dedicadas
al culto del Señor y en los ayunos,
pudieron observar con alegría
que eran siempre sus juicios oportunos,

muy vasta y superior su inteligencia,
su piedad asombrosa y su paciencia
y que ante sus virtudes se eclipsaban,
como ante el Sol los pálidos fulgores
de la Luna al nacer, sus compañeras,
las que en el Templo del Señor se hallaban,
muchas de doce a quince primaveras,
de aquel grato jardín preciadas flores.
Apartada del mundo y de sus daños,
aquella virgen santa
permaneció en el Templo doce años.
Llegó entre tanto a sorprender su oído,
su corazón hiriendo, la noticia,
que siempre llega con premura tanta,
de que su viejo padre tan querido,
pródigo en el amor y en la caricia,
había en el reino de la paz entrado.
Con el bello semblante, demudado
por intenso pesar, oyó la nueva;
mas el fiero aguijón de los dolores
que fué de su virtud terrible prueba,
aumentó la piedad de aquella niña
que más intensamente se encariña
con quien es el amor de los amores.

El lucero del alba rutilante,
tan grato a la ansiosísima mirada
del triste y extraviado caminante;
la más graciosa, espiritual madona,
la Virgen de Murillo Inmaculada;
la más fragante flor que Mayo cría,
reina de los pensiles y praderas,
que Flora escoge y que su sien corona,
no pueden igualar en hermosura
a la sin par María,

la más perfecta, virginal criatura,
cuando cumplió sus quince primaveras.
Ornando su cabeza encantadora,
baja graciosamente por su cuello,
como un manto de oro, su cabello,
cubre después con profusión la espalda
y besa un tanto la ceñida falda;
el fulgor apacible de la aurora
acaso imita la mirada tierna
de sus divinos ojos;
espaciosa su frente soñadora,
su tez trigueña que el pudor matiza,
su boca fresca, de infantil sonrisa....
ante su gracia el ángel se prosterna
y rendido de amor queda de hinojos.
Sus santas, bellas, perfiladas manos,
que sólo saben distribuir favores,
son como lirios de su albor ufanos
que en el pensil ostentan sus primores.
Abrillantan su célica hermosura
las virtudes del alma incomparables:
fué en el mundo y el tiempo la más pura
y sus gracias sin par, inenarrables;
nunca empañó, ni con venial pecado,
el brillante cristal de su conciencia
y mucha luz de su divina ciencia,
premiando Dios su santidad, le ha dado;
así cual su belleza peregrina,
comparación no admite su grandeza
y aplastará su planta la cabeza
de Satanás, por voluntad divina.
Tan grandes son sus místicos anhelos
y su divino amor es tan profundo
que, sin tener rivales en el mundo,
habrá de ser la Reina de los Cielos.

Según severa prescripción judía,
cuando quedaba sola una doncella,
como heredera universal, debía
llegando a la edad bella
en que fuese ya núbil, dar su mano
al pariente cercano
que quisiese tomarla por esposa.
A tal disposición mostró María
profunda pena y observó llorosa
que a Dios consagrar quiso
todo su ser, sin reservarse nada
y eterno voto en los altares hizo
de conservarse pura, desposada
sólo con el Señor a quien adora,
y así vivir, con ansiedad implora;
pero los sacerdotes insistieron,
ella también revelaciones tuvo
de que debía ceder. Llamados fueron
al Templo los parientes; mas no obtuvo
ningún mancebo en la solemne cita,
triunfo conforme a la señal prescrita,
pues, recibiendo todos sendas ramas,
puestas en el altar del sacrificio,
ninguna floreció . . . Nuevas proclamas
hacen los sacerdotes. Descubrióse
muy cerca de Samaria otro pariente
y de la misma tribu descendiente;

trabaja con tesón en el oficio
de carpintero humilde, se conoce
por hijo de Jacob el belemita
y se llama José. Piadoso llega
hasta el atrio del Templo, se le invita
al santo sacrificio, se le entrega
una rama también . . . tras breve rato
en la rama brotó flor primorosa
a modo de azucena. Con recato
el santo recibió prueba tan clara
de distinción tan alta y portentosa.
El Sumo Sacerdote le declara
que él es el elegido
y María lo acepta por marido.
Algún tiempo después se desposaron,
cumpliendo así la voluntad divina,
y fué Jerusalén la ciudad santa,
—cuyo recuerdo el ánimo quebranta—
donde los esponsales celebraron,
y a Nazareth la Virgen se encamina.
Allí la humilde habitación dispuso
su santa madre, en que vivir debía,
de acuerdo con el rito y con el uso,
durante el año que la ley pedía
de retiro, de paz y de reposo
antes de unirse a su modesto esposo.

III

El santo sacerdote Zacarías,
de porte augusto y de fluviales barbas,
esposo de Isabel, noble matrona,
prima de la doncella inmaculada,
ha mucho tiempo vive entristecido
porque le ha abandonado la esperanza
de dar hijos a Dios; con amargura
piensa en su indignidad y le acibara
aún más pensar en la vejez penosa
que ha de seguir marchita y solitaria;
mas hoy olvida su pesar intenso,
de gozo siente rebosando el alma,
porque «la ofrenda del perfume» debe
presentar humildísimo ante el ara,
frente al Sancta Sanctorum. En el Templo
la ceremonia religiosa aguardan
todos con devoción; el edificio
a contener la multitud no basta
que de rodillas a Jehová, las preces
con indecible contrición levanta.
El incensario en mano, Zacarías,
con el semblante conmovido, avanza,
muy penetrado del papel sublime
que va a representar y que dilata,

eleva, regocija y enaltece
su corazón; y su piedad es tanta
que la miseria olvida y un momento
digno se siente casi de tan alta
misión y de tocar al cielo mismo
para pedir a Dios con toda el alma
que proteja aquel pueblo reverente
y le colme de bienes y de gracias.
Penetra luego en el recinto santo,
con lento paso y con la faz turbada:
los doce panes a su diestra quedan,
a la izquierda consúmense las lámparas
del candelabro de los siete brazos
que la mansión bendita iluminaban
y a su frente, el altar de los perfumes.
Sobre el velo de púrpura que guarda
y recubre la puerta misteriosa
el Santo de los Santos, se destaca,
de láminas de oro revestido
entre el blanco vapor de los timiamas.
Por grata aparición queda de pronto
la vista del anciano fascinada:
es un ángel bellísimo y fulgente
que a la derecha descendió del Ara.
Al contemplarle, tiembla Zacarías;
ante aquella visión se sobresalta
y escucha de los labios luminosos
del ángel celestial estas palabras:
«Dios ha escuchado tu oración, tu esposa
te ha de parir un hijo; celebradas
han de ser en el mundo sus virtudes,
será grande ante Dios, porque la gracia
del Espíritu Santo ha de llenarle
desde antes de nacer, porque la llama
de su divino amor hará que prenda

entre los hijos de Israel; del alma
y virtudes angélicas de Elías
han de tener las suyas semejanza
y será quien preceda y quien anuncie
al Salvador Divino que se aguarda
con febril impaciencia en Galilea.
Has de llamarle Juan». Como dudara
de tal prodigio el sacerdote, el ángel
que mira hasta en el fondo de las almas,
«yo soy Gabriel, le dice con dulzura,
emisario de Dios, y mi embajada
cumplida está, pues que te di la nueva
tan ansiada y feliz; mas por tu falta
de fe, desde hoy hasta el dichoso día
en que se cumpla, perderás el habla»
y el ángel del Señor desaparece,
dejando en sombras la tranquila estancia.

El apiñado pueblo se impacienta
al ver que el santo sacerdote tarda
en presentarse; mas por fin le mira
aparecer de nuevo, demudada
la noble faz, su boca señalando
que muda está, después una pizarra
en que el suceso portentoso cuenta
en breves líneas que su mano traza.
Oh! designios de Dios que nunca puede
ni sospechar la inteligencia humana!

La tarde expira, apenas los trémulos reflejos
del astro que se apaga revelan su fulgor,
la sombra invade valles y montes a lo lejos
y el hombre el ansia siente de paz y de oración.

Es ora de tristezas y de recuerdos vagos,
en que algo en nuestras almas parece fenecer,
y el pecho está oprimido, sufriendo los amagos
de seres que en las sombras ocultan su doblez;

Mas hoy la tarde ha sido muy bella y apacible,
la noche se engalana con veste de zafir,
el alma siente un gozo recóndito, indecible
y el aire está colmado de aromas del pensil.

En Nazareth, la bella ciudad de Palestina
y en su vivienda humilde, la esposa virginal
orando está de hinojos y en éxtasis inclina
sobre su pecho santo su rostro de azahar.

A Dios pide que acepte su amor y su pureza,
que llegue el prometido, divino Salvador
y que, para cumplirse la celestial promesa,
alguna parte tenga su férvida oración.

De pronto en la morada penetra dulcemente,
como un torrente fúlgido, bañándola de luz,
y ciérnese en sus ondas un ángel esplendente:
es áureo su cabello, gallarda su actitud.

Celeste mensajero y arcángel peregrino,
cumpliendo su embajada, preséntase Gabriel
y de sus labios brotan, como hálito divino,
las nuevas anunciadas por Dios en el Edén.

«Salve virgen»!, le dice, con radiosa alegría,
inclinándose el bello mensajero de Dios,
«bendita tú entre todas las mujeres, María,
eres llena de gracia y es contigo el Señor».

La palabra del ángel, como céfiro blando,
al sonar acaricia y perfuma a la vez;
mas la Virgen turbada, con temor escuchando,
un elogio tan alto no ha podido entender.

«No temas, oh! María», agrega dulcemente,
«porque gracia has hallado en presencia de Dios.
Tu seno dará un hijo bendito y eminente
que regirá por siempre la casa de Jacob».

«Será grande y llamado: El Hijo del Altísimo;
su trono será eterno, le llamarás Jesús».
Asómbrase la Virgen, su rostro perfectísimo
ocultan cuidadosos los pliegues de su tul.

Y luego le replica: «mas, ¿cómo ha de ser esto?
pues siempre he de ser pura, sin conocer varón?»
el ángel le responde, con gozo manifiesto:
«será por obra y gracia y por poder de Dios».

«Según el plan divino llegado es el momento,
sobre tu cuerpo virgen su Espíritu vendrá,
cubriéndole su sombra por célico portento,
cumpliéndose su santa, divina voluntad».

«En Isabel, tu prima, concluye el luminoso
arcángel, un prodigio prodúcese también:
estéril y ya anciana, por modo milagroso,
ha concebido, y tiene seis meses de preñez».

La Virgen su respuesta solemne determina:
«he aquí, responde humilde, la esclava del Señor,
que se haga, en mí cual dices, la voluntad divina»
y al punto desparece la angélica visión.

El cuerpo de la Virgen se torna transparente,
bañado por efluvios de viva claridad
y, como templo vivo, recibe santamente
aquel fruto divino que el orbe adorará.

Surcó el espacio inmenso, cual fúlgido lucero,
Gabriel y respetuoso se postra ante el Señor,
a quien la grata nueva le dice placentero
de haber tan felizmente cumplido su misión.

Los cielos y la tierra se inundan de alegría,
resuenan dulces himnos y antífonas de luz,
los ángeles saludan con salves a María
y hay fiesta en las estrellas del infinito azul.

¡Qué dulces y qué santas emociones
sintió la Virgen desde aquel momento
del celeste mensaje, qué canciones
de amor y de dulzura y de contento
tuvo que reprimir en su garganta,
al afanarse por decir al mundo
que era su gozo místico, profundo
y era la gloria de su vida tanta!
mas decidió callar, hasta su esposo,
aquel esposo santo ignoraría
que hay un fruto divino y venturoso
en el sagrado vientre de María.
Cuanto es más fuerte la pasión y grande,
el alma humana, a su pesar, se expande,
necesita calmar su fiebre ardiente
y en silencio, feliz y conmovida,
ir vaciando el secreto de su vida
en la dulce amistad de un confidente.
Con mezcla de placer y de respeto,
recordando a Isabel, su prima hermana,
comunicarle quiso su secreto,
santo secreto que del alma brota,
como la linfa por la piedra rota
necesita escapar de la fontana.
Sigue la Santa Virgen el camino
largo y tortuoso que a Judá conduce
cuando principia a despertar el alba;

la acompaña tan sólo un campesino
que la fatiga a su sabor reduce
y, por atajos, las distancias salva.
Por fin, de gozo respirando apenas,
divisa la mansión de Zacarías,
antes testigo de calladas penas,
trocadas hoy en santas alegrías;
viendo a la Virgen, Isabel se asombra
y muy gozosa a recibirla avanza;
mas un santo respeto la detiene,
y en vez de la dicción con que se nombra
el dulce afecto que del alma viene
y gratamente el corazón recibe,
sin poderlo evitar, ¡un grito lanza
que sólo un sér angelical concibe,
de fe, de adoración y de esperanza!
Es porque el niño que su vientre lleva
ha sentido saltar con alborozo,
como se agita de placer la gleba
a los besos del astro luminoso
que el prado deja de perfumes lleno.
«Bendita tú, salúdala, pues eres
la más santa de todas las mujeres
y bendito es el fruto de tu seno;
mas de donde la dicha y el honor
que venga a mi la madre del señor?»
«He aquí, concluye, que en el vientro mío,
mi hijo ha saltado al escuchar tu acento,
signo que indica celestial portento,
y que a tu santa discreción confío:
tú has creído y serás, por tu fe pura,
colmada de virtud y de ventura»
Escuchando la Virgen, silenciosa,
el primer homenaje a su divina
maternidad, acepta ruborosa

salutación tan alta y peregrina,
digna de su misión, y como esposa
del Altísimo, siente su grandeza,
su santa majestad en ese instante;
nobles pasiones en su pecho luchan,
se transfigura al punto su semblante,
levanta al cielo la gentil cabeza
y, con acento y expresión que asombran
a los celestes coros que la escuchan
y como a Reina con respeto nombran,
dice, o más bien un cántico sublime
de sus labios purísimos se eleva:
es que el amor inmenso que reprime
su corazón, y desbordando lleva,
como una alondra luminosa exhala,
domina el viento, piérdese en la nube,
vence el espacio y a los cielos sube,
feliz el pecho y vigorosa el ala.
Himno solemne, arrobador, divino,
de gratitud, de júbilo y de gloria,
en que canta la Virgen su destino,
el más alto y hermoso de la historia.
Y dice así: «¡Mi alma glorifica
a su Señor y en El regocijóse,
pues miró de su esclava la bajeza
y de manera tal me dignifica
que hasta mi seno descender dignóse,
y con su amor divino me levanta
sobre toda criatura. Con certeza
toda generación me dirá santa
y bienaventurada, y a despecho
de mi mezquina pequeñez, ha hecho
grandes cosas en mí el Omnipotente,
cuya piedad y nombre sacrosanto
extiende sin cesar de gente en gente

sobre quienes le temen; con espanto
desplegó de su brazo la potencia
y esparció, dominando su clemencia,
como la paja seca al orgulloso;
arrojó de su trono al poderoso
y ensalzó a los humildes, al hambriento
de bienes y de gracias ha colmado
y al hombre endurecido, al opulento,
privándole de todo ha rechazado.
Y socorrió a su siervo; y poseído
de su piedad, cumplió lo prometido
al patriarca Abraham, cuando anunciόle
la excelsitud de su escogida prole!»

Mientras la Virgen extasiada canta
aquel himno de amor en lengua hebrea,
sonora y dulce, el alma, centellea,
con majestad sublime, de la santa.

¿Qué lengua humana describir podría
del grandioso «Magnificat» las notas
que se elevan cual plácidas gaviotas
sobre la espuma de la mar bravía?

A sentir de su magia los encantos
sólo las almas superiores llegan,
almas hechas de luz y que se anegan
en el divino amor, como los santos.

¿Qué angustia horrible, sin igual y muda
el prometido esposo de María,
el virtuoso José, no sentiría,
al observar, sin que dejase duda,
la preñez de la Virgen? ¡Qué espantosa
aquella realidad, insospechable
en la virtud de su futura esposa,
en su pureza límpida, inefable
y en la modestia plácida, tranquila
de aquella joven virgen inocente
que ni dibuja sombras en su frente,
ni demuestra inquietud en su pupila!
Si de un hombre vulgar es la tortura
más terrible quizá la de los celos,
que hacen perder la paz y la ventura
del dulce hogar con fútiles recelos,
¡como será del alma la congoja,
que el pecho oprime y la conciencia espanta,
de aquel santo varón que se sonroja
al sospechar así de aquella santa!
Resuelve, en el secreto más profundo,
sin escándalo alguno y sin ruido.
libertarla del vínculo tenido
con él, y nada sospechase el mundo.

Tiene Dios compasión del carpintero
y cierta noche en que José dormía,

vencido del dolor, un mensajero
de su servicio celestial le envía
que le pone al corriente del sagrado
y profundo misterio: de que ha sido
por obra del Señor lo concebido
y en el vientre castísimo guardado
de aquella virgen; que llamado fuera
ese niño Jesús. ¿Cómo pudiera
describir de José las emociones,
al escuchar del ángel la misiva
que, calmando el horror de las pasiones,
deja su alma feliz y pensativa?
Comprende al cabo su deber glorioso
de guardar el honor de la doncella,
sin respetar escándalos humanos;
a los derechos renunciar de esposo
conservándose virgen y con ella
vivir tan sólo como dos hermanos.

Hoy dan principio las santas bodas,
las gentes andan ufanas todas
en la severa Jerusalén,
con las solemnes fiestas nupciales,
las ceremonias y festivales
de aquellos novios de Nazareth.

Con sus parientes, el carpintero,
José el humilde, llega primero;
santas virtudes muestra su faz;
luego la Virgen acompañada
de sus maestras, su madre amada
y las personas de su amistad.

No bien el alba fresca y risueña
graciosamente su rostro enseña
de oro y de nácar por el alcor,
llega el cortejo con que venía
la pudorosa Virgen María,
desde la puerta de su mansión.

Está vestida como conviene
a quien, si padres humildes tiene,
es flor y gala de la ciudad:
suelto el rizado, blondo cabello,
collar de perlas sobre su cuello
y primoroso traje nupcial.

Una diadema su sien corona
y, cuando pasa, de su persona,
deja perfumes como una flor;
un velo cubre su faz divina;
mas es su gracia tan peregrina
que se apodera del corazón.

Muchas doncellas lámparas llevan
y hacen que ramas de mirto muevan
las verdes hojas sobre su sien
y al son de flautas y tamboriles,
himnos entonan, dulces, gentiles,
como los cantos de la niñez.

Han perfumado la linda esposa
con rica esencia de nardo y rosa
y los aromas que da el jazmín.
«Que los que vienen dichosos sean!»
todos exclaman y les desean
santos amores, vida feliz.

Llegan los novios, puestos de hinojos
y con radiantes, húmedos ojos,
de Ana reciben la bendición
y en tanto, coros de ángeles bellos,
entre invisibles y albos destellos,
un himno entonan arrobador.

José, con aire dulce y sencillo,
a su consorte pone un anillo,
luego la cubre con su taled; (1)
La misma copa sus labios tocan,
la quiebra un niño y a Dios invocan,
lanzando al aire trigo a la vez.

(1) Especie de capa.

De aquellas fiestas las alegrías,
cantos y danzas por siete días,
como es costumbre, deben durar.
Es el marido tan bondadoso
y es el semblante bello y gracioso
de la doncella tan ideal,

que gozan todos con la dulzura
de esa pareja feliz y pura,
con su inefable, divino amor:
no son humanos esos amores,
¡son como lindas preciadas flores
de los pensiles de la ilusión!

José, en presencia del almo cielo
y de los astros que ven su anhelo
de la más pura virginidad;
«por mí, cual madre serás amada,
dice a la Virgen, y respetada
como un bendito, divino altar!».

¡Cuanta tristeza no sentiría
Ana, la santa, viendo a María
que es el consuelo de su vejez,
su dicha toda, cuando la deja
y con su esposo, triste se aleja
por el camino de Nazareth!

IV

Quien ha sentido desbordarse el alma
con el amor seráfico, divino,
la deliciosa, la indecible calma
y el dulce arrobamiento peregrino.

que acompaña y que sigue al sacramento
de la inefable y santa Eucaristía,
sabe que sólo celestial acento
tanta dulzura revelar podría.

Tan sólo un ser angelical concibe
del cristiano los cándidos amores,
en el instante en que feliz recibe
en su pecho al Señor de los Señores.

Concibe el ángel; mas le está vedada
la dicha singular del alma justa
que al recibir en la Hostia Consagrada
al buen Jesús, de sus delicias gusta.

Y si esto pasa al hombre degradado,
—si bien humilde, tímido y contrito—
por la espantosa mancha del pecado,
¿quién puede describir el infinito

placer espiritual, el goce tierno
que disfrutó la virginal María
con los encantos del amor materno,
saturada de dicha y de alegría?

Perfecta comunión la de la Esposa
del Espíritu Santo, con el fruto
que por gracia divina y venturosa
su vientre virgen dejará impoluto.

¡Perfecta comunión dulce y sagrada
la de la madre con el hijo santo
que la llena de gloria y la anonada,
de grata angustia y de medroso encanto!

¡En su seno sentir al Verbo mismo,
pensar que el sér que en sus entrañas mora
de las del negro y espantoso abismo
hará surgir la perennal aurora!

Que con su propia sangre le da vida
al Hombre Dios en su bendito seno
y en él encierra glorias sin medida
y cuanto es grande, celestial y bueno.

y aunque del hombre la razón ofenda,
recibirá en sus brazos al Dios Niño,
con ella habitará bajo su tienda
y la verá con infantil cariño.

¡Qué vida de estrechez, vida impotente
y de oblación el Redentor sufría,
si se mira tan sólo humanamente,
en el sagrado vientre de María!,

para el hijo de Dios era su mundo,
preferible es decir, su paraíso,
aquel seno castísimo y fecundo
donde formarse como el hombre quiso.

El placer infinito y el portento
de beatitud y gracia en la futura
madre del Salvador iba en aumento;
más también su dolor y su amargura,

al acercarse el codiciado instante
de nacer aquel hijo que adoraba,
por ser su Dios, y como madre amante
enternecida y trémula esperaba:

pues caricias y gracias y primores
del infante divino presentía;
¡mas también de su muerte los horrores
y las afrentas ¡ay! que sufriría!

Tal fué la santa comunión perenne
que, de la madre y de Jesús, sin velos,
espiritual, angélica, solemne,
contemplaron atónitos los cielos.

Nublada tarde invernal,
allá en las bíblicas tierras.
El camino que conduce,
por la fértil Galilea,
de Nazareth a Belén,
multitud de gente lleva
porque debe empadronarse
y pagar tributo al César,
conforme a la ley romana
ineludible y severa.
El sol oculta sus rayos
tras de las cimas enhiestas
y bajan sombras y sombras
sobre la lóbrega tierra,
mientras los pechos se oprimen
con una muda tristeza.
Despacio y a pié camina
un hombre, del ronzal lleva
un asno manso y tardío
que sobre el lomo sustenta
una mujer cuyo rostro
no dejan ver las tinieblas.
Es que José el belemita
y su santa compañera
van a cumplir con la ley
y a empadronarse en la tierra

de su origen, como todas
las gentes de la Judea.
La Virgen, muy fatigada
de caminar, en la espera
del cercano alumbramiento,
con una dulce tristeza,
ve aproximarse el instante
que tanto su alma desea,
y que al hijo que se agita
en su vientre no le espera,
para nacer, ni el abrigo
de una choza o de una tienda;
mas así tiene dispuesto
la Divina Providencia.
Fué preciso que el Mesías
en Belén mismo naciera,
donde vió la luz David,
de quien, en línea directa
debe descender, conforme
anunciaron los Profetas.
A la mente de la Virgen
acuden nobles ideas,
conforme se va acercando
a la ciudad predilecta:
las esperanzas mesiánicas
con gran dulzura recuerda,
de Israel las profecías
y las bíblicas leyendas
de Raquel, de Rut y tantas
personas que por doquiera
voces fueron que anunciaron
su incomparable grandeza.
Entran por fin en Belén:
la multitud es inmensa,

las casas han recibido
amigos y parentelas,
no hay sitio ya para nadie,
las posadas están llenas
y hasta el espacioso Khan,
hecho de bloques de piedra,
difícilmente contiene
las caravanas que llegan.
Pide José humildemente
albergue de puerta en puerta,
haciendo ver el estado
de su santa compañera;
mas todos ay! le rechazan
con insólita dureza,
sin una dulce palabra,
una mirada siquiera
de compasión o ternura
para esa joven tan bella
que de su próximo parto
los síntomas manifiesta.
Al Redentor de los hombres
le cierran todas las puertas,
¡no hay sitio para que nazca
el Rey de Cielos y Tierra!
Aquellos santos esposos
de la ciudad salen fuera
y al fin ofrece un abrigo
a la sagrada pareja
una gruta compasiva
en sus entrañas de piedra.

¿Cuál hecho portentoso conmueve las alturas
y aumenta en los espíritus que moran en los Cielos
las dichas sempiternas, las cándidas dulzuras
y del amor divino los místicos anhelos?

Los ángeles parecen más bellos y fulgentes,
las vírgenes y santos se embriagan de alegría,
ostentan más brillantes los limbos de sus frentes
y del hosanna escúchase más grata la armonía;

El querubín entona su cántico más tierno,
el serafín alado consúmese de amor,
girando con sus llamas en torno del Eterno
y luego besa humilde las plantas del Señor.

Los cielos esplendentes están de regia gala,
los astros son más fúlgidos en el celeste tul
y un hálito sagrado parece que se exhala
y baja desde el domo del firmamento azul.

Es que ha venido el tiempo por siglos esperado
en que el Mesías debe por fin aparecer
y, en una humilde gruta, cual fué profetizado,
del vientre de una virgen acaba de nacer.

Adán, Eva, sus hijos y los Patriarcas todos
que habitan hace siglos el Seno de Abraham,
con méritos diversos, por diferentes modos,
su amor a Cristo en breve satisfacer podrán.

Del Purgarorio vense las almas palpitantes,
gozosas porque sienten las llamas disminuir
en que sus culpas arden, y esperan anhelantes
terminen las angustias que tienen que sufrir.

En fin, hasta los réprobos, en el Infierno mismo,
que sufren blasfemando y que odian el amor,
¡huyendo en las tinieblas del espantoso abismo,
buscando su exterminio, se miran con horror!

Agitación extraña, la gran naturaleza
experimenta en esos momentos de placer:
más dulce es su ternura, más grata su belleza,
parece que su dicha pudiese comprender.

De las gallardas flores, más suave es la fragancia,
más lánguido el arrullo del fresco manantial,
la tierra siente cándidos anhelos de la infancia
y muéstrase a los cielos más pura y virginal.

Los corazones buenos palpitan conmovidos
por un placer que ignoran; mas sienten su fruición:
hay algo misterioso que calma sus latidos
e infúndeles alientos de fraternal pasión.

En un romano templo cayóse la techumbre
y el Júpiter Olímpico que se adoraba allí
quebróse en mil pedazos. La célica vislumbre
del santo nacimiento les fué anunciada así.

La gruta silenciosa que habita la pareja
que ha poco rechazada salió de la ciudad,
sirvió también de establo, pues un pesebre deja
ver restos de la paja cubierta de humedad.

Es amplia la caverna. José, muy cuidadoso,
para la Santa Virgen un lecho preparó
tan pobre que, al llevárselo, la mira ruboroso;
mas ella con amable sonrisa lo aceptó.

Allí, en aquella gruta, la Virgen, por extrañas
maneras portentosas y célicas, da a luz
al Hijo del Altísimo que lleva en las entrañas
y, como dijo el ángel, se llamará Jesús.

En el instante mismo del santo alumbramiento,
un gran torrente fúlgido se mira descender
del estrellado cielo y escúchase el acento
de arcángeles que entonan un himno de placer.

Allí, en aquella gruta, trocada en Paraíso,
junto al pesebre humilde, nacer el Verbo quiso,
—misterio que da muestra de su sentir profundo—
para ofrecer ejemplo de su humildad al mundo.
La Virgen, extasiada de dicha y de ternura,
adora de los Cielos la luz y la hermosura
graciosamente unidos en el infante tierno;
adoración mezclada con el amor materno.
El niño es un prodigio de angélica belleza:
sedosos bucles áureos adornan su cabeza,
su boca es un tesoro de pequeñez y gracia
en que la Madre Virgen a su sabor se sacia,
a sus azules ojos asómanse dos cielos
que causan a los otros la angustia de los celos,
sólo una virgen núbil contempla en sus delirios
de tan pequeñas manos los diminutos lirios;
sus pies, que son perfume, los pétalos remedan
de algún jazmín albísimo. ¡Dichosos los que puedan
posar su labio trémulo sobre la tez de rosa
de aquella miniatura divina y deliciosa!

Se ven en El las nobles, bellísimas facciones
que saben en su madre ganar los corazones;
junto a la Santa Virgen, mirándole, parece
como un botón precioso, cuando el rosal florece,
junto a la rosa abierta, de cáliz delicado,
que riega embriagadores aromas por el prado.
Cuando la dulce madre, sobre la faz divina
del niño, el busto bello para mirarle inclina,
la cabellera rubia de la gentil madona
con áureo manto cubre la celestial persona;
muy cerca de la gruta surgió un arroyo blando
que pasa dulcemente su dicha celebrando,
y llega con la brisa, desde el vecino otero,
el trémulo balido de un tímido cordero;
completaban el cuadro, como campestre idilio,
trazado por la pluma del mágico Virgilio,
el buey de mansos ojos y la mula bravía,
un par de nobles bestias que echado se veía,
calentando el pesebre con el agreste aliento
y daban así muestras de paz y de contento.
En todo cuanto pasa nos deja ver el niño
que siempre a los humildes prefiere su cariño.
José les mira absorto y en su silencio santo
hay mucho de inefable y de infantil encanto;
el alma del Patriarca, tan cándida y tan buena,
contempla enamorada la encantadora escena
y humildemente piensa, le agita y le anonada
ser el apoyo débil de aquella esposa amada
y así servir de padre al Hijo del Eterno,
encanto de la Gloria y angustia del Infierno.

¿Quién puede imaginarse lo que Jesús pensaba
mientras en el pesebre, tranquilo reposaba
y miraron sus ojos, si bien sin extrañeza,
de su bendita madre la angélica belleza,

aquel mueblaje pobre, aquella gruta oscura
y tan inmensa gloria con tanta desventura?
Por fin se cumple cuanto determinado había
antes de que habitase el vientre de María,
en el seno del Padre, por siglos, *ab eterno*,
¡y es el Verbo Divino aquel infante tierno!
Él cuenta algunas horas apenas de existencia;
mas ha regido siempre su santa providencia;
El nace pobre, humilde, sin fuerzas, desvalido,
y es el creador del orbe y sin cesar lo ha sido;
sufre de la materia con los groseros velos
¡y es gloria de su Padre y asombro de los Cielos!
Tan llena está esa noche de júbilo y de gloria
que es punto de partida para la nueva historia.

A la luz de las estrellas,
en esa noche invernal
y en una agreste colina,
no lejos de la ciudad,
unos pobres pastorcillos
sus hatos guardando están
entre las desnudas rocas
dispersas acá y allá,
bajo la guarda constante
del anciano mayoral
y otra más cierta y segura:
la del vigilante can.
A veces corta el silencio
de la vasta soledad
el valido de una oveja,
triste, dulce y singular
con que parece que pide
remedio para su mal.

A punto de media noche,
una grata claridad,
desde el estrellado cielo,
principia lenta a bajar,
ilumina la majada
y llega al sitio do está
aquella rústica gente,
sumida en la oscuridad.
Con sobresalto y contento
se tienen que despertar,
asombrando sus pupilas
una visión celestial

que en una nube se acerca
y baja más, mucho más.
Los extasiados pastores
escuchan sin respirar
un canto dulce, suave,
que causa indecible afán:
«Gloria a Dios en las Alturas»,
canta el coro angelical,
«y paz en la tierra al hombre
que es de buena voluntad.»
Destácase de la nube
un ángel que brilla más,
hermoso como un lucero;
una figura ideal
que hacia ellos se dirige
y les dice con bondad:
«Somos de Dios emisarios,
pastorcillos, no temáis,
os anuncio un gozo inmenso:
ha nacido en la ciudad
de David, el Salvador,
y os voy a dar la señal
para que, al ir a buscarle,
reconocerle podáis:
envuelto en pobres pañales,
muy cerca de este lugar,
y acostado en un pesebre
el Niño adorable está»
y la visión hermosísima,
espléndida, celestial,
ante la vista turbada
de los pastores, se va
esfumando lentamente
en la azul inmensidad.

Apenas del alba
se ven los rubores
y extiende en los cielos
cendales de flores,
encuentran la gruta
los buenos pastores.

Tímidos parecen,
como sus corderos;
pero los semblantes
muestran placenteros
y a adorar al Niño
vienen los primeros.

A José refieren
la visión hermosa,
éste les presenta
su bendita esposa
y ella su regazo
donde el Niño posa.

La madre es tan bella
que verla fascina
y con su hermosura
dulce, peregrina,
completa del cuadro
la visión divina.

El Niño.... imposible
decir sus encantos,
pues son tan amables,
gentiles y santos,
¡que no hay en los Cielos
tan bellos ni tantos!

Postráronse humildes
los buenos pastores,
al Niño obsequiaron
con frutas y flores,
y gratos le fueron
los adoradores;

También le ofrendaron
un par de corderos,
miel de las colmenas
que hay en los oteros
y pequeños corzos
de ojos placenteros.

Pero sobre todo,
¡qué hermosa ilusión,
le ofrecieron ellos,
con sentida unción,
todas las ternuras
de su corazón!

Cantares entonan
de alegres acentos
que dicen la dicha
de aquellos momentos,
y danzan al ritmo
de sus instrumentos:

especies de gaitas
y de tamboriles.
Dos niños preciosos,
risueños, gentiles,
mézclanse en las bellas
danzas pastoriles.

Les mira el Dios Niño,
y hay en su mirada,
del alma divina
la luz reflejada
que, en quien la contempla,
se queda grabada.

La Virgen permite,
de amor palpitante,
que, por turno tengan,
¡delicioso instante!
en sus toscos brazos
el Divino Infante.

Luego los pastores,
tristes se retiran;
sentimientos gratos
al partir inspiran
¡y los rudos pechos
con amor suspiran!

V

Ocho días después del nacimiento,
según ordena prescripción judaica,
todo varón circuncidarse debe
y en su carne infantil y delicada
dejar impresa la señal notoria
de descender de la escogida raza
del Patriarca Abraham y de la prole
bendecida por Dios. De tan extraña
y ritual ceremonia, diez testigos
es preciso que firmen la constancia;
debe quedar asiento preferente,
en donde Elías, invisible, aguarda
que el acto religioso se concluya
y lo bendice con su mano santa;
si es posible, además, el propio padre
tiene que hacer la operación sagrada,
imponiéndole nombre al circunciso,
de acuerdo todo con la vieja usanza.
Quiso el Señor del mundo sujetarse,
como un hijo cualquiera de su raza,
a la ley de Moisés, que fué su siervo,
ejemplo de obediencia que anonada
al hombre henchido de fatal soberbia,
indigno siempre de besar sus plantas.

Tuvo José, con pulso vacilante,
de angustia llena y de zozobra el alma,
que practicar en el Divino Niño
la herida circular; mas al mirarla,
al observar que con su propia mano
tan inocente sangre derramaba,
los dolientes gemidos infantiles
y la faz de la madre consternada,
a punto hallóse de caer por tierra
y de implorar perdón; por fin la calma
se sobrepone a su congoja suma,
cuando concluye de cumplir la sacra,
la inevitable prescripción judía
que turba su conciencia timorata.
Así, del Hombre Dios, por vez primera,
la purísima sangre se derrama;
mas no habrán de pasar ni siete lustros
y esa sangre será manto de grana
que cubre el cuerpo virginal y bello
del Redentor Divino de las almas;
mas ya la nueva ley imperar debe
y la circuncisión no es necesaria,
pues no es un signo impreso en la materia;
sino la fe invisible, la que marca
la distinción entre la adversa gente
y la escogida que Jehová separa.
José, atendiendo al paternal mandato,
le impuso el nombre de «Jesús», palabra
de una gran distinción en lengua hebrea,
pues «Socorro de Dios» significaba.
Qué admirable y sublime profecía
este nombre resulta, pues, ¿qué humanas
razones pudo haber para aplicarlo
de manera tan loca y temeraria,

al hijo de una oscura nazarena,
nacido en un pesebre? ¿Quién indaga
los designios de Dios? Las apariencias
son como sombras que la vista engañan;
cubren, a veces, celestial portento
y obras también de la divina gracia.
Así, Jesús, en memorable noche,
cuando su muerte presintió cercana,
su cuerpo y sangre concedernos quiso,
bajo el velo del pan. El labio calla,
mudo de asombro y sin igual ternura,
cuando contempla con fruición el alma,
en la inefable y santa Eucaristía,
la bondad infinita revelada,
que, como el cielo, ni medirse puede,
ni lo puede abarcar la vista humana.

De allá de los países lejanos del Oriente,
en una tibia noche sembrada de luceros,
mostrando los tostados semblantes placenteros,
hermosa caravana se acerca velozmente.

Con largo paso elástico los graves dromedarios,
cruzando las llanuras avanzan presurosos
y llevan en sus lomos belludos y gibosos,
jinetes de áureos trajes, espléndidos y varios:

son Reyes y son Magos de gran sabiduría
que en los fulgentes astros consultan los destinos,
en escrituras santas, oráculos divinos
y siguen confïados la estrella que los guía:

son tres y van seguidos de escasa servidumbre.
Por entre los arbustos desfilan los camellos;
sonoras campanillas colgadas de sus cuellos,
imitan el ruïdo de vasta muchedumbre.

Melchor, el noble anciano de luenga barba cana,
Gaspar, de tez rojiza, de juvenil figura,
y Baltasar, barbado y de la piel oscura,
presiden la vistosa, solemne caravana.

Son ellos los tres Magos que vieron en los cielos,
señales que confirman las sacras profecías
y siguen inspirados en busca del Mesías,
el astro que en las noches conduce sus anhelos.

A veces, conteniendo las bestias diligentes,
contemplan aquel astro que indica su camino
y cantan extasiados un canto peregrino
que apaga los murmullos de brisas y de fuentes.

Por fin, después de un viaje de treinta y tres jornadas,
divisan, a lo lejos, las torres seculares
de la ciudad famosa. Los altos luminares
ocultan soñolientos sus trémulas miradas;

las sombras de la noche se borran en la altura,
el alba pinta el velo del pálido horizonte,
de azul, de grana y oro, y en el vecino monte,
del trino de las aves se escucha la dulzura.

Se ven los muros sólidos y las macizas puertas
que guardan el recinto de la ciudad bendita
y, con el ansia ardiente que el paso precipita,
penetran en las calles a la sazón desiertas.

Jerusalén, Jerusalén sagrada
relicario que guarda la memoria
más alta y portentosa de la Historia,
para la humanidad regenerada;

tan digna de ser vista con respeto,
con un respeto santo por el mundo
y de inspirar también horror profundo
al cristiano que sabe su secreto;

ciudad de los palacios imponentes,
de bronces y de mármoles cubierta,
que al vano lujo y al placer despierta,
poblada de jardines y de fuentes;

graciosas columnatas, surtidores
que sensuales delicias acumulan,
entre la pompa y gravedad, simulan
nidos para los lánguidos amores;

las altas torres y murallas densas,
los anchos fosos y empinadas rocas,
una ciudad la hicieron, como pocas,
lista para combates y defensas;

y es, ante todo, la ciudad divina:
como Jehová se cierne majestuoso
sobre el pueblo creyente y temeroso,
el templo santo la ciudad domina.

El palacio de Herodes, el más bello,
más rico y más soberbio aparecía
y aquella regia esplendidez tenía
de su nefanda majestad el sello.

Llega del Rey al cauteloso oído,
noticia de que nobles forasteros
interrogan a guardias y tenderos
por cierto nuevo Rey recién nacido.

Y el Monarca feroz que había ordenado
matar sus hijos con horrible encono,
—sólo por miedo de perder su trono—
las raras nuevas escuchó alarmado;

interrumpe sus báquicas orgías
y en el instante al Sanedrín convoca,
pues a él tan sólo contestarle toca
cuál es el sitio que escogió el Mesías

para nacer, según las escrituras:
«En Belén de Judá» fué la respuesta.
«Miqueas, sin vacilar lo manifiesta
y otras voces proféticas y puras».

Dispone Herodes, con falaz cariño,
recibir de los Reyes la visita,
la respuesta les dice y les invita
a que si logran encontrar el niño,

sin demora le avisen, pues pensaba
ir él mismo a Belén para adorarle,
(entre su cuna con furor ahogarle,
era lo que maligno meditaba).

A los Reyes chocó la indiferencia
que al Sanedrín y al pueblo producía
el prodigioso niño que venía
afanosa buscando su impaciencia.

Volvió para indicarles el camino,
aquella noche el astro luminoso
y, observando su brillo misterioso,
siguieron su mirífico destino.

La callada mansión de Zacarías
es toda movimiento;
aquellos tristes y penosos días
que en su cansada ancianidad pasaron,
como sombras huyeron y dejaron
otros llegar de paz y de contento:
cesó la suerte airada
y la anciana Isabel, enajenada
de inconcebible, desbordante gozo,
—milagro verdadero—
ha dado a luz un niño prodigioso
que colmará de dicha y de ventura
el santo hogar, y la mansión oscura
alumbrará cual fúlgido lucero.
Vecinos y parientes
acuden sin demora, complacientes,
con muestras de cariño,
a dar el parabién a la dichosa
pareja bondadosa
y a conocer al sorprendente niño.
El es de Cristo el Precursor sagrado
de quien el nacimiento fué anunciado
en el Templo, a su padre que no pudo
el prodigio creer y quedó mudo
por orden del arcángel.

Ocho días
pasaron ya; circuncidarse debe
el niño. Preguntado Zacarías
qué nombre ha de llevar el circunciso,
«de Juan el nombre lleve»
con su mano escribió, y en el preciso
instante aquel, su lengua desatada
principió a hablar humilde y elocuente
alabando al Señor Omnipotente;
la multitud oyéndole asombrada.
Elogia la grandeza del infante;
profeta dice que será llamado,
que del Señor caminará delante,
dejando su camino preparado.
Hay en su acento la explosión sublime
en que el Dios de Israel amante invoca:
tras el largo mutismo de su boca
que su piadoso carazón reprime,
su amor divino por brotar batalla
y al fin con honda gratitud estalla.

Volvamos a Belén, la ciudad santa,
cuna del Salvador, que como nido
entre montañas áridas prendido,
o cual fértil oasis, se levanta.

Llena está de recuerdos palpitantes:
cerca de ella, Raquel, la más amada
esposa de Jacob, perdió la vida
al nacer Benjamín. A los viandantes,

así lo dice la negruzca piedra
que recubre la tumba silenciosa
de aquella dulce, venerada esposa,
y oculta casi trepadora hiedra.

A Rut, abuela de David, sus valles
en los campos de Booz espigar vieron,
a ella, José y la Virgen acudieron,
pidiendo albergue en las repletas calles,

y en ella, en fin, el Salvador del Mundo
vió aquella luz benéfica, creada
por Él mismo en la noche de la nada,
con el «Fiat» magnífico y fecundo.

Ana, la madre de la Virgen, llega
a visitarla y conocer el niño,
y, entre sensibles muestras de cariño,
a la fruición de su placer se entrega.

Embriagada de dicha y de dulzura,
cubre su faz de apasionados besos....
¡Qué gratos son del alma los excesos,
Si sólo son de amor y de ventura!

Hay un amor tiernísimo, sagrado,
que sólo el alma del abuelo siente,
quien describir su intensidad intente,
¡bese su nietecito sonrosado!

José alista la gruta con sigilo
para el instante en que los Reyes vengan,
pues sabe han de llegar, para que tengan
grata impresión de su modesto asilo.

Cuando los tres Magos al portal llegaron,
siguiendo su estrella, con placer miraron
que sus vivos rayos, fúlgidos lucían
y sobre la gruta rectos descendían.
Acuden las gentes de aquellos contornos
a ver de los Magos, los raros adornos,
los tristes camellos cansados y tardos
que sufren el peso de gentes y fardos,
los ágiles negros de mirada viva
que van al servicio de la comitiva.
Al abrir los Reyes del portal la puerta,
la cabeza, humildes, tienen descubierta;
la gruta contemplan de luz inundada
y en el fondo miran la Virgen sentada:
tiene en su regazo con amor al niño
y le está mirando con gentil cariño.
Se descalzan y entran como en un santuario
y el ambiente aroman con el incensario.
La Virgen se vela, se incorpora, sienta
en su falda al niño y así lo presenta.
Apenas los Reyes le ven, se arrodillan
y al Rey de los Cielos las frentes humillan,
sus labios pronuncian palabras sagradas
y en el pecho ponen las manos cruzadas;
descubre la Virgen el pecho del niño
que muestra su cutis color del armiño;
gracioso brillaba, metido en su velo,
cual fúlgida estrella bajada del cielo;

con las manecitas unidas, parece,
tan dulce y tan tierno, que orando estuviese,
revelan sus ojos profunda alegría,
mirando los Reyes y luego a María;
los Magos le ofrecen magníficos dones
que son las ofrendas de sus corazones:
oro, cual tributo debido a su Rey,
incienso en que muestra contrita la grey
al Dios adorado su amor y su culto,
y mirra que tiene sentir más oculto:
la horrible amargura que espera al infante,
la pena, el oprobio, la muerte infamante,
que tiene dispuesto, ¡divinos arcanos!
sufrir, y con ella salvar sus hermanos.

A Jesús adoran con santo respeto:
sus ansias tenían tan sólo ese objeto.
La madre sonriente, feliz, conmovida,
les dice a los Reyes que está agradecida,
y alzando algún tanto su cándido velo,
les muestra su rostro, trasunto del cielo;
vibrando en los aires, alegre y sonoro,
de arcángeles bellos dulcísimo coro.

Los Reyes oyeron, la noche siguiente,
un ángel que dijo «partid velozmente,
corréis gran peligro, si esperáis el día,
yo mismo he resuelto serviros de guía».
Partir es preciso, van a la caverna,
es la despedida dolorosa y tierna;
suspiran los Reyes, besando del Niño
el pie sonrosado con dulce cariño,
muy tristes se abrazan al buen carpintero
y, con un saludo que será el postrero,
se inclinan delante de aquella madona,
que estiman cual regia y augusta persona.

No bien el Sol dora del monte la falda,
José la bendita caverna enguirnalda,
pues dejar no quiere su gruta querida
sin dar una grata y alegre comida.
Brilla engalanada la vasta caverna;
Ana está con ellos, pensativa y tierna
y algunos vecinos de sus amistades,
de trajes diversos y varias edades;
pero todos muestran sincera alegría
en la humilde fiesta de José y María.
De pie, reverentes, los santos esposos
al infante amado contemplan dichosos;
en la frente llevan coronas de flores,
tan blancas y puras cual son sus amores,
lucen esa noche su vistosa ropa
y felices beben en la misma copa,
cual si renovasen las fiestas nupciales,
según la costumbre de los orientales.
Soldados de Herodes a José interrogan
acerca del niño; sus padres ahogan
en su pecho el justo temor que ya sienten
y hace que muy pronto de Belén intenten
partir para el pueblo de los nazarenos
de obreros honrados, sencillos y buenos.

VI

Hacia el Templo magnífico, imponente,
de aquella gran Jerusalén bendita
convergen las miradas de la gente
que vive en Israel. Los corazones
que han podido sufrir pacientemente
de Roma el yugo que al furor incita,
y que tan sólo deja humillaciones,
capaces son, indómitos y fieros,
de la muerte arrostrar, ante el insulto
hecho a su Dios o a su sagrado culto,
por gentes de países extranjeros.
Sobre el monte de Moria se sustenta
el vasto templo, como nívea roca;
láminas áureas su interior ostenta,
en él parece que la tierra toca
al mismo cielo, y gentes compungidas
postran allí las frentes abatidas.
Desde el Sancta Sanctorum, visitado
por el Gran Sacerdote, raras veces,
con gran solemnidad, al apartado
atrio inferior do pueden los gentiles
impunemente levantar sus preces,
a falsos dioses con fervores yertos,
hay varios ciclos a la gente abiertos,
según su perfección: aquellos viles

incircuncisos, cual ganado impuro,
son detenidos por fatal barrera
e inscripciones latinas que lo indican;
del pueblo de Judea creyente y puro,
penetra la mujer en la siguiente
plataforma, quedando la tercera
reservada a los hombres; se dedican
los atrios interiores al ferviente
sacerdote y los objetos de su culto
y el Santo de los Santos imponente
a todos queda sin cesar oculto.

Por la ley de Moisés quedaba impura
al dar a luz una mujer judía
y el varón primogénito debía
a Jehová consagrarse. Con premura,
cumplida ya la cuarentena, había
de ser al sacerdote presentado,
y de Dios en el nombre recibido
y una vez el rescate percibido,
de cinco siclos, era rescatado,
y devuelto a sus padres; de tal modo
el derecho de Dios es ante todo.

Vedles, ya van para el sagrado Templo,
de la santa ciudad por el camino,
José, la Virgen y Jesús divino,
a dar a todos de obediencia ejemplo.
La Inmaculada, la pureza misma,
se va a purificar según el rito
y a rescatarse el Rey de lo infinito,
santa humildad de Dios en que se abisma
nuestra razón y a comprender no llega.
Como si fuese una mujer impura,
en la puerta, la Virgen inocente,
dos palomas albísimas entrega,
ofrenda de los pobres, con dulzura,
al grave sacerdote indiferente;

con el pago contante del dinero
hubo después de rescatarse el Niño
que ha de probar al hombre su cariño
por él muriendo en el fatal madero.
El oficiante sacerdote ignora
del Hijo y de la madre los encantos
y que ha tocado al «Santo de los Santos»
en donde Cristo sempiterno mora;
mas Simeón, anciano venerable
y justo que indignado contemplaba
a su patria sufrir yugo nefando,
con una sumisión vituperable,
y que con Dios en el silencio hablaba,
al Templo entró, quedóse examinando
con honda admiración aquel infante
que le aseguran de Belén venía,
y una voz escuchó que le decía:
«Mi promesa he cumplido, estás delante
del prometido Salvador». Eleva
la vista al cielo el viejo bondadoso,
su corazón palpita de alborozo,
tiene al Niño en sus brazos un instante,
su piesecito hasta los labios lleva
y éstos así cantaron elocuentes:
«Ahora, Señor, despides a tu siervo
en santa paz según lo prometido
que siempre grato, con amor conservo,
porque mis ojos vieron reverentes
y mis débiles brazos han tenido
tu salud por tí mismo preparada
que será como luz que fascinada
de los gentiles dejará la vista;
nadie hallará que su fulgor resista
y será gloria de Israel». Bendice
luego a sus padres y a la Virgen dice:

«este niño tan débil y tan tierno,
para caída y salvación ha sido
enviado al pueblo por Jehová escogido,
combatirá las fuerzas del Averno,
señal será en el mundo levantada
para sufrir contradicción horrible
y el dolor partirá como una espada
tu corazón magnánimo y sensible».
Ana también, la Profetiza, viene
muy anciana, de fe conmovedora;
el Niño mira, absorta se detiene
y alabando al Señor a quien adora,
a todos dice, desde aquel instante
que a Dios ha visto en el pequeño infante.

Herodes está loco
de cólera y de rabia:
los Magos no han querido
cumplirle la palabra
y han vuelto a sus países
sin revelarle nada
del niño prodigioso,
del Rey a quien buscaban,
guiados por la estrella
que fiel les acompaña;
también a los oídos
ansiosos del Monarca
llegaron varias veces
noticias que aumentaban
del Rey de la Judea
las criminales ansias:
se habló de un pobre niño
que en un pesebre hallaran
los Reyes; que le dieron
ofrendas ricas, varias,
humildes inclinando
sus testas coronadas:
que allí, en el Templo mismo
de aquella ciudad sacra,
ha poco una criatura
ha sido presentada

y fué reconocida
por dos personas santas
como el Mesías divino
que ansiosas esperaban.

Como una sierpe horrible
encuentra una alimaña,
la envuelve en sus anillos,
la estruja y la desgarra,
así Satán ufano
se apoderó del alma
infame y parricida
del pérfido monarca;
su furia y sus rencores
salvajemente estallan
y que en Belén ordena
y en las aldeas cercanas,
a todos los infantes
varones degollaran
que no hubiesen cumplido
dos años. A tan bárbara,
monstruosa, inconcebible,
feroz y sanguinaria
disposición de Herodes,
el alma se quebranta
y tiembla la conciencia
del hombre, horrorizada.

Mas el Padre velaba por el Hijo
y un ángel del Señor a José dijo,
mientras el santo sin temor dormía:
«Levántate, José, toma a María
y al Niño y presto a las regiones huye
en donde el Nilo caudaloso fluye
y permanece allí prudentemente
hasta que no te avise. Diligente
Herodes busca al celestial Mesías
para cortar el hilo de sus días».
José despierta, salta de su lecho,
la Virgen siente en su angustiado pecho
el corazón henchido de amargura
y Ana la ve con maternal ternura.

José partir con ellos se propone
sin perder un segundo, le dispone
en mansa bestia confortable asiento
a su adorada esposa; soñoliento
ésta lleva a Jesús entre sus brazos
y tiene el corazón hecho pedazos
al despedirse de su madre santa
que débil siente vacilar su planta
al sufrir a su edad el dolor fiero
de aquel supremo adiós; le da un postrero
beso a su lindo nieto adormecido,
con inmensa dulzura y sin ruido,

luego otros da llorando a su María
que se lleva su dicha y su alegría;
abrazando a José, la doble prenda
de su profundo amor, le recomienda;
en aquel grupo, con los ojos fijos
por la postrera vez mira a sus hijos
de quienes ella con placer se ufana,
llora en silencio la bendita anciana
¡y sola queda entre la sombra oscura,
sumida en su dolor y desventura!

No hay en la historia del hombre,
ni en los anales del mal,
un hecho tan criminal
ni tan infame; no hay nombre

que lo califique bien:
orden siniestra acatando,
¡horror! están degollando
a los niños de Belén!

La inmensa desolación
y doliente gritería
de aquel espantoso día,
desgarran el corazón:

hay ojos de espanto fijos,
se oyen voces lastimeras;
¡las madres se vuelven fieras
al defender a sus hijos!

Una, colérica avanza
contra el infame soldado;
pero la muerte ha encontrado
en la punta de su lanza.

Un niño como un lucero,
hermoso y encantador,
tronchado como una flor
quedó por fatal acero,

y ríe la madre, loca,
con risa que causa espanto,
haciendo brotar el llanto
hasta en entrañas de roca.

Dulces boquitas de fresa
interrumpen su lactancia
y las flores de la infancia
se desploman en la huesa;

las madres piedad imploran
y hasta los mismos sayones
de intrépidos corazones,
la ley acatan . . . y lloran.

Uno se vió conteniendo
el puñal que ya blandía,
porque el niño a quien debía
matar, le miró sonriendo;

tomóle sin dilación,
huyó en rápida carrera
sin que nunca se supiera
del niño ni del sayón,

Y en holocausto sagrado,
por orden del parricida,
en flor perdieron la vida,
bajo el puñal despiadado,

cincuenta bellos infantes
dejando en mudo estupor
y locas ¡ay! de dolor
sus madres agonizantes;

y el Niño Jesús hermoso
escapa al feroz Monarca,
huyendo hacia la comarca
del Egipto misterioso.

. . . . . .

Herodes tranquilamente,
en su palacio encantado,
vivir parece olvidado
de su reino y de su gente.

Resonando en los oídos,
gravada en el alma está,
la voz que grita, ¡mamá!
entre infantiles gemidos.

Llora en su tumba también
Raquel, y van sus acentos
a unirse con los lamentos
de las madres de Belén.

Cuando el alba se eleva
tras la verde colina
y graciosa y desnuda
la mirada cautiva,
cual surgió de las ondas
la inmortal Afrodita,
retorciendo su rubia
cabellera divina;
cuando el Rey de los astros
las praderas matiza,
do las flores despiertan
y los tallos oscilan
al sentir de las auras
las amantes caricias,
interrumpe su viaje
la sagrada familia.
Felizmente descubre
una gruta sombría;
detenerse decide
y a la luz indecisa
y estelar de los cielos
continuar fugitiva,
pues salvar es preciso
al Divino Mesías
de la furia de Herodes
implacable y maldita.
En la noche siguiente,
una plácida brisa

los semblantes refresca
de la triste familia;
el fulgor de los astros
gratamente ilumina,
es más suave la ruta
que anhelosa seguía;
José el asno conduce,
silencioso medita,
a la Virgen contempla
más confiada y tranquila
y Jesús se adormece,
como en cama mullida,
en los brazos amantes
de su madre bendita;
es su cuerpo gracioso,
como estrella cautiva,
que a través de la ropa
sus fulgores destila.
Se despierta de pronto;
algo plácido mira,
su semblante revela
infantil alegría
y en el aire aparece
deslumbrando la vista,
un angélico grupo
que el sendero ilumina:
es un coro de niños
de infantiles sonrisas
que gracioso semeja
al que traza el artista,
con los cuerpos desnudos
y semblantes de dicha
a los pies sacrosantos
de la Virgen Purísima.

Esos niños tan albos
que tan fúlgidos brillan,
a Jesús van siguiendo
y gozosos le miran;
son las almas triunfantes
que a los cuerpos se unían
de inocentes que fueron
del monarca las víctimas
y que vienen buscando
al pequeño Mesías
y a mostrarle que han dado
satisfechos sus vidas
por salvar la del hijo
de la dulce María.
Todos llevan guirnaldas
que jamás fueron vistas:
uno lleva triunfante
un racimo de viña
y de Jesús risueño
se ve en la manecita,
preciosa y diminuta,
una frágil espiga:
señales que predicen
la Santa Eucaristía.
¡Cuántas cosas amables
a Jesús le dirían,
con infantil acento,
las celestes almitas!
Y el Dios Niño gracioso,
¡con qué dulce sonrisa
ofrecióles deleites
sin cesar ni medida;
que más tarde en el seno
de la Gloria infinita

preferentes asientos
a su lado tendrían!
Algún tiempo acompañan
a la santa familia,
y resuenan sus himnos
en la verde colina;
mas, de pronto, temblando
de pavor, se retiran
y en las nubes se pierden
sus brillantes alitas:
es que han visto acercarse
por la senda vecina,
unos fieros soldados
que buscando venían
si algún niño escapaba
del acero homicida.

Los soldados se inmutan:
con dos ascuas rojizas,
una sierpe monstruosa
resoplando les mira;
nauseabundo el aliento
y espantosa la vista.
Retroceden al punto,
con pavura inaudita....
¡Y entre tanto, su viaje
sin recelos seguía,
en la noche estrellada,
la bendita familia!

El Rey de los Cielos huye
del tirano de Judea,
defendido blandamente
por la ternura materna.
A veces muestra el Dios Niño
su poder y su grandeza,
con hechos que nos trasmiten
las históricas leyendas:
cierta vez se han detenido
a la entrada de una cueva
y los santos se preparan
para descansar en ella,
cuando miran espantados
saliendo de la caverna,
tres gigantescos dragones
que horribles garras enseñan;
mas al ver al Niño, gritan
amedrentadas las fieras;
baja Jesús del regazo
de la Virgen y se queda
de pie, frente a los dragones,
éstos temblando se acercan,
humildemente le adoran
y en el instante se alejan,
y Jesús dice a sus padres:
«No tengáis miedo ni pena,
ni penséis que soy un niño,

como mi cuerpo revela,
porque soy perfecto y siempre
lo he sido, y todas las bestias
de los campos, domestico
tan sólo con mi presencia».
Otra vez un dátil dobla
sus ramas, para que pueda
la Virgen coger el fruto
que ella y su esposo desean.
En otra ocasión, la santa
familia estaba sedienta,
sin encontrar un arroyo
o al menos una cisterna,
en el árido desierto
que tristemente atraviesan,
y el Niño que está debajo
de un árbol, sobre la arena,
la raya con su dedito
y allí, en el instante, fresca
y límpida brota el agua,
formando una fuente bella
que sigue después corriendo
y refrescando la tierra,
con lo cual apagar pueden
la sed que les atormenta.
Compasivo un sicomoro
abre su tronco y encierra
a la sagrada familia,
sin causarle daño, mientras
pasa una escolta de Herodes
que en busca va de su presa;
y entre otros muchos prodigios
que tales historias cuentan,
está la de cierta joven
atacada de la lepra

que limpia quedó al lavarse
con aquella agua benéfica
en que había bañado al Niño,
poco antes, su madre tierna.

Al cabo de tres jornadas,
de tan extraña manera,
traspasan ya sin peligros
del Egipto las fronteras;
siguen un tiempo su viaje
por las africanas tierras
y después de cuatro días,
vienen a fijar su tienda
en Heliópolis, do afluyen
muchos hijos de Judea.

VII

¡Oh nación misteriosa del ensueño,
en los poderes mágicos maestra,
que las ocultas ciencias comprendiste
y en momias hechos a tus reyes viste
dormir tranquilos su perenne sueño;
tu genio en obras colosales muestra
un pasado esplendor que nos impone,
mientras la esfinge silenciosa y muda,
—problema indescifrable de la duda—
eterno enigma al pensador propone.
Alzaste sobre frágiles arenas
las enormes pirámides que admira
el sabio, absorto al estudiar sus planos
y recontruir sus vívidas escenas;
sacro temor tu antigüedad inspira
y la ciencia que guardan tus arcanos.
Egipto grave, secular y triste,
jamás tu tierra refrescar sentiste
con la lluvia benéfica, fecunda,
pues sólo pueden germinar tus granos
cuando el Nilo sus márgenes inunda.
Hoy ha llegado errante, fugitivo,
el Salvador del mundo a tus hogares,
a buscar en tu seno compasivo

cuanto le niegan sus queridos Lares . . .
tú que a José, piadoso recibiste,
cuando escapó al furor de sus hermanos,
y un alto puesto en tu palacio diste,
acoge con respeto y con cariño
esa santa familia desgraciada
que llega en busca de la paz amada
y protección para el sagrado Niño.

Al paso de Jesús se abren las rosas,
se inclinan con amor sobre sus tallos;
mas al sentir sus lánguidos desmayos,
se presentan más bellas y olorosas.

Los ídolos paganos, satisfechos
sobre sus pedestales de granito,
con sus labios de mármol dan un grito
de horror, y ruedan en pedazos hechos.

Por fin José decide fijar en Matarea
su tienda de proscrito: es una oscura aldea
muy próxima de Heliópolis, ciudad entonces rica
y próspera de Egipto; en ella se radica
la familia sagrada, allí encontrar podrán
albergue, y él trabajo para ganar el pan . . .
Ciudad inmensa aquélla, de muros rodeada,
enormes puertas dan a su recinto entrada;
grandiosos edificios la adornan y enriquecen
y hay en su seno sabios que en el saber florecen.
Su regio y vasto templo de Fre, donde se adora
en la bovina forma al Sol, y que atesora
artísticas riquezas, orgullo de su gente,
contempla el extranjero con gesto reverente;
allí, de las esfinges conduce la avenida
que está por obeliscos preciosos circuída.
On en la lengua egipcia, la gran urbe se llama
y es del antiguo mundo la admiración y fama.

Pasaron ya dos años muy largos y enojosos
y con angustia suma recuerdan los esposos,
que viven abatidos entre paganas gentes,
su fuga y la matanza de niños inocentes
y esperan que una noche, oh! rayo de esperanza,
el ángel les ordene preparen sin tardanza
su viaje de regreso para su amada aldea,
perdida en las montañas agrestes de Judea.

¡Qué fresca la mañana, qué lánguida la brisa!
El cielo limpio y bello, la tierra se matiza
con esos apacibles y plácidos colores
que son gala perenne del reino de las flores;
la aurora en su carroza de nácar se pasea
y el canto de las aves los cármenes recrea;
suelta orgulloso el gallo, de su clarín sonoro,
notas que van cayendo, como si fuesen oro
en el silencio vasto de aquella madrugada
mientras la oveja duerme caliente en la majada.
Ya va muy satisfecho, risueño y vigoroso,
camino de la tienda donde trabajo honroso
santamente ejecuta, feliz el carpintero,
y volverá en la tarde, con el semblante austero
buscando la hechicera sonrisa de su esposa
y la, de Jesús niño, mirada deliciosa.

Humilde es la vivienda de la familia santa
y pobre su mueblaje; mas su piedad es tanta,
tan grande su pureza—sus rostros la revelan—
que, cuantos les han visto, con efusión anhelan
disfrutar de su santa y amable compañía,
ver de cerca al Dios Niño y a la Virgen María.
Desde la tienda vense los muros derruídos
del gran templo de Isis, y en ellos esculpidos
restos de las figuras que a siglos venideros
dirán historias raras en que sus Dioses fieros

osados rivalizan, entre prodigios varios,
en fuerzas, en poderes y horror extraordinarios;
vense grandes columnas que en pie, cabe los muros,
quedaron de esos tiempos en su esplendor oscuros,
pues sólo se aceptaban las leyes del más fuerte
y no el amor divino que triunfa de la muerte.

Jesús duerme en su cuna y en su tranquilo sueño
hay mucho de inefable; su rostro está risueño,
sus mejillas semejan a dos pequeñas rosas
y en El fijan absortos miradas amorosas
los ángeles que tienen la dicha de admirarle:
no remueven las alas para no despertarle
y por mirar su rostro, con indecible anhelo,
abandonan a veces los deleites del Cielo.
María tiene la rueca entre los dedos, hila
y de sus santos labios una canción destila,
tan dulce, tan suave, sencilla y melodiosa,
que el Niño, así dormido, de sus delicias goza.
De pronto se oye el roce de próximo aleteo:
es un cantor alado que llega en el deseo
de contemplar al Niño; con gozo le examina,
cual si hablarle quisiese, mueve las alas, trina,
el Niño se despierta, se abren sus ojos bellos
y el espacio se puebla de fúlgidos destellos.

Jesús tiene dos años. ¡Qué encanto, qué dulzura
ofrece a las miradas la angelical criatura!
Su lindo cuerpecito, cual vaso delicado,
para verter perfumes parece destinado;
ya con los pies desnudos, fascinadores, breves,
con gran donaire corre por las arenas leves,
hace brotar sonrisas en el semblante santo
de su madre que observa, con indecible encanto

crecer aquel infante divino a quien adora
y de la tierra y Cielos las gracias atesora.
Azules son sus ojos y tienen sus miradas
ternuras infantiles, celestes llamaradas;
cubren su cabecita rizos áureos, sedosos,
en su boca bermeja los ángeles ansiosos
que desde el Cielo bajan en coros apretados,
quisieran libar siempre los ósculos sagrados;
en sus pequeñas manos, encantadoras, vemos
dos albos, diminutos, divinos crisantemos;
sus labios que son dulces, como la miel hiblea,
con infantil encanto, dicen en lengua hebrea,
palabras que sus padres pronuncian santamente
y, cuando con la Virgen, regresa de la fuente,
ya puede vacilante llevar una anforita
que a trechos con el peso su paso precipita,
mientras la madre henchida de amor y de ternura,
le sigue cuidadosa, modesta en su hermosura.
Si todo niño hechiza con su gentil fragancia,
¡cómo Cristo sería en su adorable infancia!

Aún resonaban en el alma, horribles,
los ayes de las madres angustiadas
que vieron a sus hijos inocentes,
frutos de amor que dieron sus entrañas,
en la fosa caer, como las flores,
cuando ciclón furioso se desata,
desprendidas del tallo, se estremecen
y quedan en el suelo deshojadas;
cuando espantosa enfermedad invade
el cuerpo de aquel bárbaro Monarca:
crüel castigo, merecido y justo
que las carnes del mísero desgarra:
su piel se cubre toda de gusanos
que lo devoran vivo y adelantan
el repugnante hedor de los cadáveres
que el vientre helado de la huesa guarda;
se retuercen sus miembros, se apodera
el más fiero dolor de sus entrañas
y, entre la asfixia sofocante, siente
acercarse la muerte que le espanta;
al sentirla llegar, más desastrosa
en su pecho, cual monstruo, se levanta
la ira; dispone que tan pronto muera,
muerte se dé sin tregua a las más altas
personas del país, para que luto
de rigor y en verdad el pueblo usara.

Poco antes de acabar esa existencia,
al mal y al crimen sólo destinada,
dispuso el Rey que ajusticiado fuése,
colmando así el horror de sus infamias,
su hijo Antipatro. Satanás retuvo
al miserable en sus horribles garras,
hasta el instante en que iracuno y fiero
expiró al cabo el pérfido Monarca.

Por fin llega una noche
hermosa de setiembre
en que los astros brillan
con luz más refulgente
y, Reina del espacio,
magnífica aparece
con su diadema de oro
la pálida Selene.
El Nilo entre su cauce
discurre mansamente,
en él los cocodrilos
tranquilos se sumergen,
por entre las palmeras
la brisa pasa leve
y el Ibis venerado
descansa gravemente
sobre una pata, encima
de alguna torre y duerme.
Un ángel muy hermoso
a Matarea desciende
y al santo carpintero
en sueños se aparece.
«Levántate, le dice,
con voz dulce y solemne,
toma al Niño y su madre
y a Galilea vuelve;

a Nazareth, tranquilo
con ellos llegar puedes:
murió quien matar hizo
los niños inocentes.»

Apenas por los limpios
cristales del Oriente
el alba va asomando
su faz de rosa y nieve,
José con su familia
se aleja del albergue
en que pasaron tantos
inacabables meses;
hacia su amado pueblo
caminan velozmente:
la Virgen dulce y grave
y el Niño muy alegre,
gozoso con el viaje
las manecitas mueve,
cual si aplaudir con júbilo
su libertad quisiese,
y su infantil acento
en el confín se pierde.
Después de cuatro días
de marcha, se detienen
a contemplar ansiosos
de Nazareth las verdes
colinas, los viñedos
dorados que florecen
y las casitas blancas
que sobre el valle vense,
como preciosas aves
de tintes diferentes
que echadas y dormidas
quedaron entre el césped.

¡Cómo se inunda el alma
de celestial deleite,
si del hogar viviendo
por largo tiempo ausentes,
al regresar hallamos
a los queridos seres
que fueron nuestra dicha
y veneramos siempre!;
mas ay! la pobre Virgen
dolor inmenso siente,
sabiendo que a su madre
la sorpendió la muerte,
después de su partida
en los primeros meses.
¡Así en la vida humana
mezclados se suceden
la dicha y los dolores,
el llanto y los placeres!

Dulces años de paz y de ventura
pasó José con su bendita esposa
y el Dios Infante en Nazareth, dichosa;
aunque pobre, modesta y sin cultura,

de albergar en su seno a la sagrada
familia de Jesús; en ella quiso,
formando allí terrestre paraíso,
permanecer del mundo retirada.

Desconocido allí, vive el Mesías,
de la menguada corte de Judea,
pues de su infancia y juventud desea
en silencio gustar las alegrías.

El Rey del Cielo permanece oculto,
en oscuro rincón, menospreciado,
do con ardiente fe le han prodigado
sus propios padres religioso culto.

Como a niño le miran con ternura
y como al Hijo del Señor le adoran;
de gozo a veces sin quererlo lloran
y servirle y amarle es su ventura.

Alguna vez a visitarles viene
su parienta Isabel con el pequeño
Juan que, con rostro de placer risueño,
mira a Jesús que a su sabor retiene,

de modo angelical y lisonjero,
las manos de su madre con cariño,
entre las suyas de color de armiño
y que saben regir el orbe entero.

Juan le lleva a su primo varios meses,
es de morena tez y ojos oscuros,
negro cabello, y de sus labios puros
la palabra se escucha raras veces.

Desde los tiernos años de su vida
singulares virtudes atesora,
viendo a Jesús, con efusión le adora
y con El o por El todo lo olvida.

Al despedirse de los santos, rueda
por su faz una gota de rocío;
mas el Señor absorbe su albeldrío
y ya con El su corazón se queda.

Misterio sin igual, grande y sublime,
la hipostática unión en la persona
del Redentor: el Verbo, Hijo del Padre,
unido siempre con el alma hermosa
y el cuerpo de Jesús: lo limitado
y lo infinito; el hombre y Dios; la indocta
mente infantil y la sapiencia suma,
unidas en un niño. Ved ahora
a Jesús que de pie, junto a su madre,
con grato afán atento se coloca,
para tomar lecciones de lectura:
blanco papiro en su regazo dobla
la amantísima Virgen que, llevando
del niño amado el índice de rosa,
con tierno acento y sin igual dulzura,
le enseña a silabar; pero ¿no asombra
al pensamiento humano, que renuncie
de modo tal a su poder y gloria
el divino Jesús, que estudiar quiera
y de los signos aprender las formas,
encerrando su mente ilimitada
del supremo saber la ciencia toda?
Ora vedle pedir a su buen padre
claras explicaciones minuciosas
para poder usar los instrumentos
y fabricar las diferentes obras
que el santo carpintero, muy humilde,

trabajando en su oficio, confecciona;
ora a su madre conversar a veces,
con una santa inspiración, impropia
de su temprana edad, de altos conceptos
del Padre Celestial y tantas cosas
sublimes y profundas que a la Virgen
hacen quedar, oyéndolas, absorta.

Cuenta la tradición que cierto día
juega Jesús en la vecina sombra
de un árbol, a la orilla de un arroyo
que de un alto peñasco se desploma,
acompañado de diversos niños,
en esa edad feliz y deliciosa
en que los cinco primorosos años
llenos de gracia y de candor asoman,
mostrando risas en los frescos rostros,
luciendo bellas, infantiles formas,
y amasando Jesús ligeramente
la blanda arcilla que en la margen toma,
fabrica doce figuritas bellas
que tienen semejanza de palomas;
sus compañeros, con placer mirando
aquel arte infantil, saltan y gozan;
mas acierta a pasar un fariseo
que al Niño ve con expresión de cólera,
busca a José y enfurecido dice:
«mira tu niño que de arcilla forma
varias figuras profanando el Sábado,
su audacia es mucha y tu prudencia poca.
Junto al arroyo esta dando el ejemplo
de una impiedad sacrílega, horrorosa,
a la turba infantil que le examina
haciendo así de lo sagrado mofa».

Corre José, le observa, le pregunta,
y al hacerlo de pena se emociona,
«¿por qué has osado trabajar en día
consagrado al Señor por ley notoria?»
pero Jesús aplaude entusiamado
y con su dulce voz, a las palomas
dice: «volad», y las figuras hechas
de barro, obedeciendo, se impresionan,
las alas baten, por el aire vuelan
y en el celeste espacio se remontan.
Tal prodigio mirando el fariseo,
a su pesar y con temor se asombra
y con premura corre ante su Jefe
a referir la escena portentosa.

VIII

Doce preciosos años, el Mesías
cumplidos tiene, su existencia ignora
el mundo vano y en perpetua aurora
pasando van sus infantiles días.

Su faz divina impone dulcemente
con su belleza singular y pura:
une a su encanto, la lilial frescura
de un gallardo y viril adolescente;

hay en la luz que vierte su mirada
celestial expresión que al mundo asombra
y brilla su fulgor bajo la sombra
del arco de la ceja delicada;

de su encendida boca, si sonríe,
doble sarta de perlas se adivina
y la dulzura de su voz fascina
en que el almíbar del amor deslíe;

su erguido talle proporciones tiene
que gracia dan a su figura esbelta;
blonda y rizada cabellera suelta
orna sus hombros y a cubrirlos viene;

blanca túnica vela los primores
de su divino cuerpo, con cariño,
pues la inocencia y el candor de niño
conservará sin fin encantadores;

lleva sandalias en los pies desnudos
que la color de la azucena evocan
y el beso de los ángeles provocan
que los miran atónitos y mudos.

Siempre el Verbo en Jesús está presente,
rara vez manifiesto ¡hondos arcanos!
mientras su cuerpo y alma soberanos
desplegándose van perfectamente.

Los niños de su edad que le conocen
le miran con amor y con respeto,
sienten su influjo seductor, secreto,
que hace que dichas celestiales gocen.

El es para ellos consultor amable,
sus altercados con bondad mitiga;
siempre su mano cariñosa, amiga,
en su dolor encuentra el miserable;

infunde santos, místicos anhelos;
son estudio y labor sus ejercicios,
informa siempre la equidad sus juicios
y derrama sonrisas y consuelos.

Si uno comete algún desaguisado,
otros le dicen, si apenarle intentan,
¿qué te dirá Jesús, si se lo cuentan?
y el culpable se siente avergonzado.

Alma del pecador, guarda la clave,
y cuando el mal en la pasión te ahogue,
deja que tu conciencia te interrogue:
¿qué te dirá Jesús que ya lo sabe?

Con deleite le tratan los ancianos,
las niñas al mirarle se enternecen
y como flores en su pecho, crecen
santidades y afectos sobrehumanos,

y como al Sol en su triunfal carrera
busca la faz del girasol amante,
del buen Jesús el plácido semblante
busca también la humanidad entera.

Llevemos respetuosos
la luz del pensamiento
al pobre y reducido
taller del carpintero:
se ensancha y se presenta
hacia la calle abierto
y va formando bóvedas
de roca para adentro;
prendidos en los muros
están los instrumentos,
mezclados con usuales
y rústicos aperos;
trozos de sicomoro
y tablillas de fresno
se ven por los rincones
y sobre el limpio suelo.
El banco de trabajo
está todo cubierto
de escuadras y martillos,
escoplos y barrenos
que el santo diariamente
maneja satisfecho,
y brotan de sus ágiles
y laboriosos dedos,
yugos, cajas, baúles
y muebles muy diversos
con cuya venta, apenas
el pobre carpintero,

de la familia santa
ganar puede el sustento.
¿Quién, al mirarle humilde,
feliz y placentero,
sus fuerzas agotando
y fijo el pensamiento
en su labor cansada
y en el taller modesto,
imaginar podría
que transcurrido el tiempo,
sobre un altar bendito
le venerase el pueblo?

Vestido pobremente
el buen José trabaja,
mientras Jesús humilde
llena la estrecha estancia
con el fulgor intenso
que vierte su mirada;
muy tiernas emociones,
religiosas y gratas,
del santo carpintero
penetran en el alma,
cuando el divino niño
a quien adora y ama,
su oficio ve aprendiendo
desde su edad temprana.
¡Dichosas las humildes
y bondadosas almas
que su conciencia nunca
con el orgullo manchan!
Frente a los dos, la Virgen
podemos ver sentada,

cosiendo silenciosa
aquella tela basta
que formará vestidos
de policroma lana;
de bellas aureolas
brillantes y muy albas,
las tres santas cabezas
se encuentran adornadas;
mas la del niño siempre
más fúlgida resalta.
A veces, venturosa,
la madre enajenada
la aguja deja inmóvil
y su labor retarda
para mirar risueña
y de su amor ufana,
del Hijo la hermosura
y la indecible gracia
que como luz del Cielo
de su semblante emana,
ilumina, consuela
y santifica el alma.
De la Virgen, la suave,
tiernísima mirada,
oculta cuidadosa
la red de sus pestañas
para evitar que incendien
sus dulces llamaradas.
¡Qué inocente y qué bella
es la Virgen sin mancha!
¡Qué deleite disfruta
quien consigue admirarla!
¡Qué amable y bondadosa
es la paciencia santa

de José que su vida
en el silencio pasa!
¡Qué inefables ternuras
disfrutarán las almas
que del sagrado Niño
sentir puedan la gracia,
imiten sus virtudes
y en sus amores ardan,
meditando en los tiempos
de su divina infancia!

Bendita maldición la del trabajo,
noble castigo que el Señor impuso
a nuestro padre Adán, cuando confuso
necesitó su falta confesar:
«con el sudor, le dijo, de tu frente,
has de ganar el pan», santo castigo:
siempre nos ama Dios, es nuestro amigo;
aun debiendo las culpas castigar.

Por el trabajo el hombre se redime,
con la miseria lucha y se levanta,
por él camina con segura planta,
cual Monarca feliz de la creación;
con él consigue conquistar el mundo
y salir triunfador en la pelea:
combates de la luz y de la idea
en que sólo preside la razón.

Con el trabajo las virtudes nacen,
pues los vicios ahuyenta vigoroso,
se siente el pecho respirar gustoso,
¡se disfruta la dicha de vivir!
sin él, dolores al mortal aquejan,
de la molicie vil entre los brazos,
rotos, deshechos del hogar los lazos,
en un perpetuo, lánguido gemir.

No sólo gana material sustento;
el hombre que trabaja se ennoblece,
libre y erguido, con orgullo crece,
porque sabe cumplir con su deber;
por él disfruta la familia honrada
de justo bienestar y de limpieza,
gratos manjares cubrirán su mesa
y las sonrisas brotarán doquier.

Trabajar es orar, es ser potente,
es, al menos, cumplir un deber santo,
sufriendo con amor y sin quebranto
del Edén la sublime maldición:
trabaja quien estudia, quien medita,
el pensador, el músico, el poeta,
quien bellezas sacó de su paleta
y quien se sume en férvida oración.

Trabaja el Sacerdote en los altares
elevando a Jesús Sacramentado
y trabaja el intrépido soldado
que vuela por su patria a combatir;
el altivo corcel que lleva airoso
a su señor en rápida carrera,
el agua, hecha vapor, en la caldera
y el astro que miramos relucir,

el tardo buey que con humildes ojos
y sumiso testuz lleva la carga,
el gusano de seda que se encarga
de proteger la perfumada piel,
el perro del pastor que el hato cuida,
la hormiga que los granos almacena
y la abeja que surte la colmena
de blanca cera y de sabrosa miel.

Por el trabajo, en espantosa altura
conduce el aviador el aeroplano,
los trenes cruzan sin cesar el llano,
surca la nave el proceloso mar.
se horadan las altísimas montañas,
se trasmite veloz el pensamiento
y el rayo que amenaza el firmamento
en fuerza y luz se deja transformar.

Cuando el obrero su labor termina,
recibe con dulzura, a su regreso,
de amada esposa cariñoso beso,
de tiernos niños risas de placer;
abraza el joven su amorosa madre
y en su marchita, bienhechora mano,
coloca grato y de su amor ufano
el dinero ganado en el taller.

Y no es carga el trabajo; es solio, es trono,
es lábaro inmortal, santa bandera;
es un error imaginar siquiera
que, para el hombre, se convierta en cruz.
Obediente a tan célico mandato,
gustoso, humilde y con piedad se afana
en trabajar desde su edad temprana
el divino, dulcísimo Jesús.

Todo judío varón, llegado el tiempo
de la solemne Pascua, respetando
un gran precepto religioso, debe
ir a Jerusalén, al Templo santo
y los ritos seguir, desde que llega
a la edad de Jesús: los doce años.
Allí pasó las fiestas, con sus padres,
el perfecto mancebo, enajenado
en un dulce y sublime arrobamiento,
en las leyes judaicas meditando;
sumergióse su espíritu divino,
más allá de la tierra y del espacio,
en las olas del tiempo; de su padre
en los hondos, santísimos arcanos;
Moisés apareció que descendía
del sacro monte entre tormenta y rayos,
fulgente el rostro, grave la mirada,
las Tablas de la Ley entre las manos;
surgieron en su mente los recuerdos
amables o terribles del pasado
y disfrutó de goces y ternuras
en dichoso futuro contemplando
leyes de amor, de paz y de concordia
rigiendo siempre el corazón humano.

Unidos a modesta caravana
vuelven José y Jesús en el compacto
grupo de los varones; sus vestidos
humildes son, se sirven de callados
para marchar a pie, mientras la Virgen
y las demás mujeres, con recato
y graciosa actitud, montadas vienen
sobre pequeños, apacibles asnos.
El bello adolescente caminaba
de un grupo al otro, con ligero paso,
su voz uniendo angelical y pura
a las diversas que entonaban salmos
y llenaban el aire de armonías,
en los vecinos bosques resonando.
Vense rostros muy lindos, cabelleras
oscuras y rizadas que cual mantos,
con donaire y con gracia van cayendo
sobre talles esbeltos y gallardos;
ojos negros y hermosos que seducen
con el grato fulgor que dan los astros,
y los tintes diversos y vistosos
de peplos y de túnicas mezclados,
entre la luz de la mañana, forman
atrayente, bellísimo espectáculo.
En el largo desfile se descubre,
junto a las ruedas de los grandes carros,
el confuso vaivén de los peatones
o el femenino grupo cabalgando.

Con la luz matinal, los peregrinos
la jornada emprendieron, caminaron
casi sin descansar; mas en la noche
en la fuente de Gofna hicieron alto,
y cuando estaban ya reunidos todos,
notaron los esposos consternados
que faltaba Jesús; en ambos grupos
interrogan febriles; pero en vano:
nadie le ha visto más, y no pudieron
informes obtener del niño santo,
y toda aquella interminable noche
fué de angustias sin fin y sobresaltos.
La segunda jornada, su tortura
hubo de ser mayor, cuando llegaron,
al descender la noche, de regreso
a la ciudad, sin descubrir el rastro
del dulce niño que perdido habían.
Nueva noche mortal y de quebranto.
Surgió por fin la codiciada aurora
y en la ciudad bendita penetrando,
¡el alma sienten de dolor transida,
y el triste corazón hecho pedazos!
¿Por qué sufrieron sin igual congoja,
conociendo muy bien que el niño santo
era el Hijo de Dios, era divino
y no podía perderse? Preguntadlo
a la ternura del amor materno,
a su amante inquietud, al angustiado
corazón de la madre, cuando tarda
en volver al hogar el hijo caro
de sus propias entrañas, a su tierna
vigilancia amorosa, preguntadlo.
Interrogan de nuevo a sus parientes;
mas sin éxito alguno; por el vasto
recinto augusto del sagrado Templo
se internan en la busca del amado

y con un gozo indescriptible, venle
en una Sinagoga y en el atrio
en que viejos Rabinos enseñaban
las antiguas doctrinas, conversando
con los Doctores de la Ley que oían
sus solemnes respuestas asombrados.

Extrañas emociones sintieron los Rabinos
desde el instante mismo en que a Jesús hablaron.
¿Quién era aquel mancebo? ¿qué sabios pergaminos
que ignoran los Doctores, sus ojos consultaron

para adquirir la vasta, la gran sabiduría
que informa sus respuestas sagaces y prudentes?
¿qué escuela, qué maestro divino le daría
aquella luz que brotan sus labios elocuentes?

Estaban los Rabinos de su saber ufanos,
su voz era un oráculo, sagrados sus consejos,
la ciencia de su tiempo se hallaba entre sus manos,
y oyendo al varoncito, quedáronse perplejos.

Jesús, de pie, modesto, de su inmortal destino
consciente, y penetrado de ciencia sobrehumana,
responde o interroga, y el manantial divino
de luz, vierten sus ojos y de sus labios mana.

Corridos y turbados se quedan los Doctores,
sin confesarlo, admiran de aquel adolescente,
el genio y la sapiencia, sublimes, superiores,
que esconde bajo el arco perfecto de su frente.

Se ignoran las razones y los discursos bellos
que oyeron los Rabinos, del prodigioso niño,
cuando José y la Virgen halláronle con ellos,
el alma desbordando de amor y de cariño.

Jesús mira a sus padres, y tras de breve rato
en que domina impulsos del íntimo alborozo,
con dignidad y calma termina su relato
y busca de sus padres el beso cariñoso;

José guarda silencio, la madre placentera,
con un reproche dulce, pregúntale: «hijo mío,
¿por qué nos has dejado sufrir de esa manera?
¿qué fuerza misteriosa dirige tu albeldrío?»

«¡Tu padre y yo, angustiados corrimos en tu busca,
siguiendo tras la huella querida de tu paso:
sin tí se pierde el alma sin luz que la conduzca!»
«¿Para qué me buscabais?, contéstales, ¿acaso

ignoráis que yo debo tratar de preferencia
y ocuparme en las cosas de mi padre?». María
y José sienten algo subyugar su conciencia;
pero no comprendieron lo que decir quería.

Tal dice el Evangelio con su lenguaje austero,
son éstas las primeras palabras que menciona
de Cristo; mas si en ellas contéstale severo
a su bendita madre, la angélica Madona,

es que mostrarle quiere, con viva trasparencia,
su espíritu que sólo por Padre reconoce
a Dios que está en los Cielos, de su divina esencia,
y su servicio santo como deber y goce.

Sublime es la respuesta: Jesús que se desliga
de todo afecto humano, recuérdale a su madre
que su misión sagrada, que su deber le obliga
a consagrarse a cosas de su divino Padre.

Respuesta que las causas y la razón encierra
de su venida al mundo: la redención humana,
restablecer el reino de Dios sobre la tierra
que razas y naciones por el amor hermana.

Del alma pecadora también Jesús se aleja
como hizo con sus padres en tan penosos días;
mas, si ella sigue el rastro que al ausentarse deja,
¡la colma, como nunca, de santas alegrías!

Sus padres obedece y el Templo abandonando,
a Nazareth, el Niño regresa satisfecho;
la Virgen, sus palabras solemnes escuchando,
guardólas en el fondo de su amoroso pecho.

Y del Señor delante, del mundo en la presencia,
sumiso con sus padres que colma de alegría,
en la divina gracia y en la profunda ciencia,
Jesús, muy santamente, con humildad crecía.

Llegó a cumplir seis lustros, y en tan hermosos años,
su vida pasa humilde, santificada, oculta,
en su taller modesto de Nazareth; extraños
ardores juveniles su santidad sepulta;

a la oración dedica las horas de reposo,
unido con el Padre, su porvenir prepara,
al meditar se llena su espíritu de gozo
y nunca el pensamiento de su misión separa.

La Virgen, dulce y pura, consagra la existencia
a sus deberes santos, con gracia encantadora,
mientras José, modelo piadoso de paciencia,
divisa ya la muerte venir libertadora.

Tendido está en su lecho, la vista oscurecida,
el rostro moribundo, nevados los cabellos,
cercano ya el instante supremo de su vida
en que verán sus ojos los célicos destellos;

su esposa, entre los brazos le abriga con cariño,
junto a su rostro siente los bucles del Mesías,
y cerca de esos Cielos, como se duerme el niño,
José muere dichoso, con dulces alegrías.

Los ángeles radiosos reciben con ternura
el alma justa y bella del carpintero santo,
María y Jesús le miran partir sin amargura;
¡mas corre en sus mejillas el silencioso llanto!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

ADVERTENCIA

Para la preparación de este libro, el autor se ha servido muy particularmente de las obras siguientes:

Los Orígenes del Cristianismo, por Monseñor Le Camus.

El Cristianismo y los Tiempos Presentes, por Monseñor Bougaud.

Jesucristo, por el Rev. Padre Didon.

Vida de Jesucristo y de su Santísima Madre María, según las visiones de Ana Catalina Enmerich.

Comentario de Historia Sagrada, por el Canónigo Dr. F. J. Knecht.

El Santo Evangelio, por el Canónigo Alfredo Weber.

ERRATA NOTABLE

En la página 32, línea 5, dice *ora,* léase *hora.*

INDICE

Asuntos	Páginas
I.—Invocación.—Trinidad Divina—Creación angélica....	1
Creación Universal.—Adán.—El Paraíso.....	4
Eva.—La caída.—Promesa del Salvador.....	8
II.—Roma.—Espera del Mesías.....	13
Joaquín y Ana.....	16
Nacimiento de María.....	20
Presentación de la Virgen.—Desposorios.....	23
III.—Zacarías.....	29
Anunciación.....	32
Isabel.—El Magnificat.....	35
Angustias de José.....	39
Bodas de José y María.....	41
IV.—Comunión de María y Jesús.....	45
Tribulaciones en Belén.....	48
Nacimiento de Jesús.....	51
Los Pastores.—Adoración.....	56
V.—Circuncisión de Jesús.....	61
Los Magos.—Jerusalén.....	64
Nacimiento del Precursor.....	69
Belén.—Adoración de los Reyes.....	71
VI.—El Templo de Jerusalén.—Purificación de María.....	77
Herodes.—El anuncio del ángel.....	82
Degollación de los niños.....	86
Huida a Egipto.—Leyendas.....	89
VII.—Egipto.—Matarea.....	97
Jesús tiene dos años.....	102
Muerte de Herodes.....	104
Regreso de la Santa Familia.....	106
Nazareth.—Unión hipostática.....	109
Leyenda de las palomas de barro.....	113
VIII.—Jesús a los doce años.....	115
El taller de José.—La Sagrada Familia.....	118
El trabajo.....	122
La pascua.—Jesús no parece.....	125
Jesús entre los Doctores.....	129
Muerte de José.....	132

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028266572